

Alejandro Ramos

Job y el sentido del sufrimiento



Universidad FASTA Ediciones
Mar del Plata, Argentina. Febrero 2018



UNIVERSIDAD
FASTA

Néstor Alejandro Ramos

JOB Y EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

Universidad FASTA

Mar del Plata, 2018

Ramos, Néstor Alejandro

Job y el sentido del sufrimiento / Néstor Alejandro

Ramos. - 1a ed. - Mar del Plata : Universidad FASTA, 2018.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1312-83-2

1. Teología . 2. Biblia. 3. Espiritualidad. I. Título.

CDD 230

Fecha de catalogación: 07/02/2018

con aprobación eclesiástica Mons. Gabriel Mestre, obispo de Mar del Plata, 12/12/2017

Imagen de Tapa Job on the Ddunghill By Gonzalo Carrasco (1859 - 1936) – painter (Mexican) Born in State of Mexico. Dead in Puebla.Details of artist on Google Art Project [Public domain or Public domain], https://commons.wikimedia.org/wiki/File%3AGonzalo_Carrasco_-_Job_on_the_Dunghill_-_Google_Art_Project.jpg via Wikimedia Commons

Diseño de tapa Matias Gabriel Bautista

Editor Lic. José Miguel Ravasi

© 2018 Universidad FASTA Ediciones

© 2018 Alejandro Ramos

Gascón 3145 – B7600FNK Mar del Plata, Argentina

+54 223 4990400

aramos@ufasta.edu.ar

Miembro de la Red de Editoriales de Universidades Privadas de la República Argentina, REUP



Job y el sentido del sufrimiento por [Alejandro Ramos](#) se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](#).

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	4
El autor de la obra	7
Job es un rebelde	13
Los géneros literarios	20
CAPÍTULO 1 ¿TIENE SENTIDO EL SUFRIMIENTO?	28
1. Job cae en desgracia.....	29
2. Del dolor a la crisis espiritual	38
3. ¿Tiene sentido el sufrimiento?.....	42
CAPÍTULO 2 ¿QUIERE DIOS EL MAL PARA LOS BUENOS?	56
1. ¿Quiere Dios el sufrimiento del justo?.....	58
2. La forma en que Dios nos ama	71
CAPÍTULO 3 HABLAR DIRECTAMENTE CON DIOS	83
1. Job quiere hablar con Dios, no con sus amigos	83
2. La oración en el momento del dolor	97
CAPÍTULO 4 LA VIDA TIENE UN LÍMITE	103
1. La brevedad de la vida.....	104
2. Jesús le da un nuevo sentido al dolor	112
CAPÍTULO 5 MISERICORDIA CON EL QUE SUFRE	125
1. La soledad de Job	125
2. Misericordia para el dolor	131
CONCLUSIÓN EL SUFRIMIENTO ES UNA REVELACIÓN.....	147
Bibliografía	156

INTRODUCCIÓN

En nuestra vida, el sufrimiento es la experiencia que nos permite vivir de forma más directa y dramática lo que somos como seres humanos. Es el estado existencial en el cual el hombre percibe en su conciencia la noción de límite y de debilidad, que le da las posibilidades de elevarlo, al mismo tiempo, a un estado único de madurez y sabiduría. Tiene, por un lado, un sentido oscuro, en cuanto nunca terminamos de entender, de forma acabada aquí y ahora, por qué uno tiene que sufrir; pero, por otro lado, tiene un sentido luminoso, en tanto que, elevándonos por encima de nuestras preocupaciones y urgencias cotidianas, nos conecta con nuestra verdadera esencia, con la realidad dura y cruda de nuestra condición humana.

Esta doble condición, oscura y luminosa, a la vez, seguida del contexto dramático que implica la ansiedad por superar lo antes posible lo que nos hace sufrir, es lo que, seguramente, convierte el dolor en una de las cuestiones más acuciantes y trascendentes de nuestra existencia. Prueba de ello es el hecho innegable de que la pregunta por el dolor atraviesa toda la historia de la cultura y del pensamiento desde sus orígenes. Hasta podríamos decir que, al menos en el ámbito

de la filosofía y la literatura, fue precisamente ésta la cuestión que puso en marcha la necesidad de ensayar respuestas al origen del mal en la vida humana. ¿El mal que hace sufrir a los hombres procede de otro mundo? ¿Los dioses son los responsables de los enfrentamientos que dan origen a las guerras y destruyen a las comunidades? ¿O bien, la respuesta se encuentra en este mundo, pero no en un fatalismo cósmico sino en los vicios, en los amores desordenados, en la ambición desmedida, que surgen del alma de cada individuo y originan este desorden? Ya conocemos la respuesta de Homero en la *Iliada* y la *Odisea*, aunque no sería ésa la única experiencia del mal que le tocaría al hombre padecer. Las catástrofes naturales, las enfermedades y la misma muerte son hechos con los cuales se enfrenta y ante los cuales necesita algunas ideas que le permitan comprender qué valor tiene aquello que se presenta como algo negativo.

Por tanto, no hay una manera de comprender de forma acabada qué sentido tiene el sufrimiento en nuestra vida, es decir, no existe un pensamiento humano que revele todo el sentido del mal, por eso, resulta siempre un misterio, algo que supera nuestras capacidades limitadas. Sin embargo, sí resulta factible pensar en el sentido en general del dolor para el

hombre a partir de algunos criterios antropológicos inspirados en el conocimiento humano y en la revelación divina.

Conscientes de esta limitación humana, trataremos de resumir a continuación algunos criterios con los cuales es posible encontrar un valor a lo que parece no tener sentido. La perspectiva de nuestras reflexiones será teológica, es decir, se inspirará en la revelación divina y recurrirá al pensamiento de los teólogos, con el objetivo de pensar el significado del dolor en la vida humana y su relación con el fin trascendente más allá de este mundo, donde continúa la existencia en una forma diferente.

Para nuestro análisis del sentido teológico del dolor en la Biblia, hemos elegido uno de los textos bíblicos más importantes para este tema: el libro de Job. Se trata de uno de los libros de la Sagrada Escritura llamados “Sapienciales”. Por el tema al que se dedica —el dolor—, por la forma en que lo hace —la agudeza y audacia de sus reflexiones—, por el estilo —la belleza de sus metáforas poéticas—, por la influencia que ha tenido en muchos pensadores y porque su protagonista se ha convertido en un prototipo de actitud ante la vida, es, sin

lugar a dudas, una de las obras cumbres de la literatura universal (Alonso Schökel y Sicre Díaz 1983: 21).

El libro de Job presenta, en forma de cuento, diálogos y poesías, las reflexiones de un hombre justo que, al sufrir la pérdida de sus hijos y sus bienes, se cuestiona la bondad y la justicia divinas. El autor hebreo, creyente, toma una antigua historia edomita sobre un hombre piadoso en medio de diversas desgracias, le agrega la presencia de Yahveh y, por supuesto, los conflictos que supone la fe cuando se enfrenta al mal en esta vida.

Para comprender el mensaje de la obra tenemos que explicar primero cómo se formó el texto, es decir, su autor, su intención y los géneros literarios que usa para la construcción de esta obra maestra.

El autor de la obra

Como señalan los autores de la Introducción al Libro de Job en la Biblia de Jerusalén (1986), la fecha más probable de su composición es la de comienzos del siglo V a.C. (652), siendo posterior a los libros de Jeremías y Ezequiel, con los cuales comparte lenguaje y pensamientos.

Además, es un texto en el que intervienen varias manos. Hay un autor principal que concibe la idea de la obra y escribe la mayor parte del texto actual. Pero cuenta con “agregados posteriores” que se dan en diversos momentos. Esto se explica porque, en la Antigüedad, no existía la preocupación moderna por apropiarse individualmente de una obra y contaba más la obra en sí que el individuo. Así sucede en otros libros de la Sagrada Escritura, en los que participan diversos “maestros” sin distinguirse del autor principal. En este caso, el autor principal es un israelita que conoce las enseñanzas de los profetas y sabios y que asume una actitud crítica ante la deformación de la fe convertida en una religión interesada. Es un hombre culto, de pensamiento profundo y espíritu libre que, como toda persona inteligente y superando los temores y prejuicios, se atreve a cuestionar una sabiduría falsa que busca a Dios por interés, con el fin de acercarse a la comprensión del misterio del sentido del sufrimiento en la existencia humana. Es probable que se trate de un israelita que vive fuera de Israel, posiblemente en Egipto. Esto le permite expresar con más soltura su disenso y sus cuestionamientos no sólo a sus amigos, sino al mismo Yahvé.

El texto comienza con esta historia de las desgracias del justo Job. El autor toma, en efecto, el relato de las desventuras de un héroe justo del país de Edom, quien, aun cuando cae en desgracia perdiendo sus bienes, no se aparta del bien y la justicia y, por eso, es finalmente recompensado. Parte, entonces, de este cuento y le da un sentido religioso. La pérdida de los hijos, de los bienes y la enfermedad provocan en el justo una crisis de fe. ¿Cómo entender a un Dios Bueno que castiga al que hace el bien y le es fiel? Y ¿Por qué en esta vida les va bien a los malos, mientras que los buenos muchas veces tienen que padecer? En este contexto, que procede no de una historia real, sino de un antiguo cuento edomita, irrumpen los diálogos, que avanzan en tres ciclos y en los cuales el autor principal expone de manera brillante la cuestión central del sentido del dolor. En esta serie de diálogos, que constituye gran parte del libro, el personaje expone sus pensamientos y responde a las objeciones de sus amigos. Finalmente, el cierre está constituido por un discurso sobre las maravillas del mundo creado y la restauración de Job, que se mantuvo fiel a Yahvé durante la prueba.

Sin embargo, el autor no cuestiona sólo a Dios por permitir que le ocurran esos males, sino también a la teoría de

la retribución que defienden sus amigos, la cual enseña que el sufrimiento es consecuencia de una infidelidad a Dios y que el justo puede vivir tranquilo, porque sabe que Dios lo premiará con su bendición, protegiéndolo de todo mal. Este modo de pensar y vivir la religión estaba tan arraigado en algunos israelitas que se había convertido en la forma tradicional de entender la fe; de allí que cualquier cuestionamiento fuera considerado una “herejía” que debía ser corregida. Esta es la razón por la que en el libro se observan textos de otros autores añadidos posteriormente con la intención de corregir este error y de suavizar sus críticas. Estas inserciones posteriores resaltan la bondad divina, una bondad que no puede ser comprendida totalmente por los seres humanos, que son débiles de entendimiento y cuya sabiduría está muchas veces ofuscada por el pecado. Ejemplos de esto son: el elogio de la sabiduría divina (cap. 28); el discurso sobre el poder divino (cap. 38 y 39); y el discurso sobre la Providencia divina (cap. 40). Estos agregados no modifican ni la estructura ni el mensaje esencial de la obra, sólo pretenden salvaguardar la bondad y sabiduría de un Dios que permite el mal, pero que no lo quiere.

Por este motivo, el autor ha querido que el personaje de la obra sea un extranjero que tiene la libertad de cuestionar la religión del amor interesado. Job es presentado, entonces, como un oriental, un hombre que incluso viene de un país que estaba enemistado con los judíos. Al carecer de genealogía, tiene algo de prototipo universal, para que el mensaje pueda aplicarse a todo aquel que sufre, por ello, sólo es definido como “el más rico entre los hijos de Oriente”. Además, el nombre mismo de Job indica su destino, pues en las lenguas semíticas de la época significa “ser hostil”. Él es el justo que tiene el coraje, poco frecuente, de enfrentarse con Dios y desafiarlo a “discutir”. Este nombre aparece en otro pasaje bíblico, pero referido a un personaje legendario de origen cananeo que está vinculado con Edom (Ez 14,20), razón por la cual algunos exégetas creen que el protagonista de nuestro libro también proviene de Canaan (Trebolle y Pottecher 2011: 103).

El autor, además, no sólo es un hombre inteligente, sino también culto y de un talento especial para la poesía, como lo demuestran la agudeza de sus reflexiones y la belleza de las metáforas que utiliza. Es un hombre que conoce otras culturas por sus viajes y que deja traslucir un interés particular

por el conocimiento y la sabiduría. Un individuo que, por otra parte, se muestra fascinado por la belleza de la naturaleza creada por Dios, de tal forma que recomienda la contemplación de la creación como forma de superar la tristeza que conlleva el dolor (Alonso Schökel y Sicre Díaz 1983: 78). Estos rasgos ponen de manifiesto también por la época de su composición, un momento de confluencia de corrientes sociales y teológicas de orientaciones sapienciales, proféticas, políticas, sacerdotales e históricas, en el que la sociedad busca pensar la religión analizando sus fundamentos verdaderos (Trebolle y Pottecher 2011: 167). En ese contexto, el autor se propone distinguir entre la verdadera y la falsa sabiduría, entre el amor genuino por Dios como fundamento de la religión y la sabiduría humana que busca siempre el provecho individual, aun también cuando dice buscar a Dios. De allí que en varias ocasiones Job considera a sus contemporáneos “charlatanes con proverbios de arcilla” y los critica.

Sin embargo, la actitud de Job no es de soberbia y menosprecio de sus amigos. Tampoco pretende imponer sus pensamientos, sino que con humildad deja varias cuestiones abiertas, sin formular respuestas definitivas al problema del

dolor, que en definitiva, sólo tiene respuestas personales. En este sentido, se puede calificar a este libro como una obra abierta, es decir, una obra que sirve para la reflexión y que busca la sabiduría de saber vivir bien según Dios, en el momento del sufrimiento. Así lo asumimos aquí, por eso, lo que pretendemos hacer no es un análisis exegético, sino una meditación teológica sobre lo que nos enseña este libro inspirado por Dios.

Job es un rebelde

Job es un rebelde, pero su rebeldía no es un acto de capricho o inmadurez, sino una queja. Job se queja de sus amigos, defensores de la teoría de la retribución, aduciendo que, bajo la pretensión de defender las tradiciones, enseñan una forma equivocada de vivir la religión, dando prioridad al amor propio por sobre el amor de Dios. Pero Job se queja también de Dios y le reclama con angustia lo que considera una gran injusticia: él es un hombre religioso y bueno con el prójimo, por lo cual no merecería padecer tanto sufrimiento.

Tal vez alguno quiera acallar a Job acusándolo de ser desagradecido e irrespetuoso con Yahvé, como lo hacen sus amigos; sin embargo, su rebelión —al igual que la nuestra en

situaciones dolorosas— quizá no sea sino la necesidad que tiene el que sufre de desahogar su alma, también ante Dios. El dolor tiene que salir y sale como puede.

El primer acto de rebeldía ante Dios es su rechazo a la vida. En el inicio de su crisis espiritual, le pide a Dios algo tremendo: preferiría no haber nacido. En otras palabras, si vivir es sufrir, o bien, si esto es la vida, entonces es mejor no ver la luz del día. El dolor grave tiene un poder siniestro, pues hace que la vida (la cual solemos considerar como un regalo gratuito y maravilloso de Dios) cambie de sentido y se vuelva algo insoportable. Es por eso que Job prefiere no vivir más, quiere devolverle a Dios su don, algo que, obviamente, resulta imposible, pero que no es más que una manifestación de su angustia. Dios no va a cumplir con su deseo, pero puede permitir su desahogo, puede entender que la opresión en algunas circunstancias es insoportable para el hombre y que la oscuridad de la nada se vuelve una “salida”, una falsa salida.

Esta primera rebelión es también contra la creación. Job le está pidiendo a Dios que destruya lo que creó. Es la antítesis del Génesis, así como Yahvé crea por medio de su palabra trayendo las cosas a la existencia, Job le pide ahora que por medio su palabra destruya todo. Por eso, en el

capítulo 3, Job pronuncia siete maldiciones, en correlación con los siete días de la creación. Es, por tanto, un “Génesis al revés”. Además, también toma la figura del Satán del primer libro de Biblia y le atribuye a Yahvé el mismo rol de tentador del hombre. Porque así como en el Génesis Satanás tienta a Adán y a Eva con la desobediencia, ahora Job presenta a Yahvé como Aquel que tienta al hombre con la prueba. Se queja porque Dios ha escuchado y seguido la astuta provocación de Satanás: ¿por qué no poner a prueba la sinceridad de la fe de este que Tú llamas justo? Sin embargo, Dios sólo sigue su sugestión, la personificación del mal es el mismo Satán, el que se presenta en la introducción del capítulo 1 como uno de los ángeles, uno de los “hijos de Elohim”.

Este deseo “rebelde” de Job se entiende, además, por la magnitud del cambio de su existencia. Él pasa de ser uno de los hombres más ricos de Oriente a perderlo todo, hijos, bienes, salud y quedar sentado solo en medio de un basural. El que tenía todo se queda sin nada y sin una explicación que justifique el cambio, por eso, desea la oscuridad de la tumba, con la ilusión de poder allí descansar, como sucede en otros pasajes bíblicos (Eclo 40, 1-7). Aunque en su época no hubiera aún una concepción clara sobre la vida después de la muerte,

sobre el país del “más allá” del cual ya no se regresa, la sola idea de un lugar en el que no haya nada —tampoco sufrimiento—, se vuelve la promesa de una existencia mejor que la actual. Job se atreve a preguntarse lo que algunos que identifican la vida con el éxito piensan: ¿vale la pena darle vida a un desdichado? ¿por qué más bien no dejarlo descansar en paz? (3,20-22).

Sin embargo, no es esa la única forma de rebelarse contra Dios. Job va a usar un sentido diferente del lenguaje y de los símbolos para presentar sus quejas a Yahvé. Su amigo Elifaz lo acusa de creerse sabio y subvertir el lenguaje sobre Dios: “¡Tú llegas incluso a destruir la piedad, a anular los piadosos coloquios ante Dios!” (Job 15,4). Job le atribuye a Dios el poder de crear, pero también el poder de destruir, que parece aplicarlo a los que él decide castigar; y ante esto, nadie puede pedirle explicaciones: “Si en algo hace presa, ¿quién le estorbará? ¿quién le dirá: ‘¿Qué es lo que haces?’ Dios no cede en su cólera [...] Él extermina al intachable y al malvado [...] Tú me hundes en el lodo [...] Pero hablaré sin temerle, pues yo no soy así para mí mismo” (Job. 9,12.13.22.31.35). El Dios que debería ser bueno y proteger a sus fieles se comporta de una manera desconcertante; en vez de dar cosas

buenas, usa su poder en sentido inverso, destruye al débil, al que Él mismo formó del barro, al que le dio vida soplando su aliento: “Tus manos me formaron, me plasmaron, ¡y luego en un arrebato quieres destruirme!” (Job 10,8). Por eso le pregunta a Dios si se siente “orgullosos por atraparlo” (10,16).

Job, además, para quejarse de ese Dios que lo persigue y no lo deja en paz usa los Salmos 8 y 139 para parodiarlos, porque utiliza las mismas preguntas pero con sentido contrario: ¿qué es el hombre que Tú formaste para que lo hagas tu enemigo y lo persigas?: “¿Qué es el hombre para que tanto de él te ocupes, para que pongas en él tu corazón, para que le escrutes todas las mañanas y a cada instante le escudriñes? ¿Cuándo retirarás tu mirada de mí?” (Job 7,17-19).

Para quejarse de un Dios que no se comporta como él espera, Job usa también los símbolos con sentido contrario. El poder y la sabiduría, por ejemplo, son usados para destruir en vez de dar vida (12,13-16); lo mismo sucede con el árbol, que en la Biblia es símbolo de la vida y aquí es mencionado como uno que se desvanece, que no se tiene en pie (14,2). Por el contrario, otros símbolos de la muerte y el mal, como el aborto (3,16), la tumba (3,21-22) y la muerte misma (7,17-18),

son usados en clave de esperanza, para alcanzar al fin una vida sin dolor.

Sin embargo, la herida que siente Job en el alma es verdaderamente profunda. No se conforma con la queja y asume una actitud atrevida y desafiante ante Dios, pasando de ser el acusado, a ser el acusador. Primero, sus amigos lo hacen culpable de los males que padece: por ser hombre es impuro y no puede reclamarle nada a Yahvé, de quien ha recibido todo lo que tiene. Él, por su parte, se defiende acusándolos a ellos de sostener los derechos divinos con una visión errónea de la religión (la teoría de la retribución). Pero, su defensa no acaba allí; seguro de ser un hombre que no ha ofendido a Dios ni al prójimo, sino que, por el contrario, es justo y compasivo con los necesitados, reclama justicia. Le exige al mismo Dios que sea justo, que lo escuche y que no lo acuse sin oír su defensa.

Job se siente asfixiado por un Dios que lo oprime con el dolor. En tono de reproche, le pide que deje de espiarlo, que lo deje en paz, que no se comporte como un “centinela del hombre” (Job 7,19-20). Lo hace responsable de todo lo que le pasa, lo acusa de reírse de la angustia de los inocentes y se pregunta quién es el responsable de todas estas injusticias: “si no es él, ¿quién puede ser?” (Job 9, 23-24). Por eso, le pide

una audiencia, quiere enfrentarlo y le dice que no le teme, aun cuando sabe que puede matarlo. Su esperanza es defender su conducta ante su faz (Job 13,15).

Job sabe que su problema no es con sus amigos, sino con Dios, a quien hace responsable de su sufrimiento. Es Dios quien lo herido, quien lo ha atrapado y no lo deja salir de esa situación y quien, además, no responde a sus gritos de auxilio y no hace justicia (Job 19,5-7). Como les gustaría hacer a muchos, este justo sufriente acusa a Dios de no aplicar la justicia en el mundo, de permitir que los malvados tengan una vida larga y dichosa, viviendo con fortuna y en paz, mientras que los justos tienen que padecer injusticias (Job 21, 7-14). O bien, como quisieran otros que claman justicia en un mundo donde parece triunfar el mal por sobre el bien, se queja Job de un Dios ausente, que no se deja encontrar y que no quiere escuchar su demanda. Lo busca por todo el mundo y no lo halla. Sabe que Dios conoce sus caminos, ¿cómo no reclamarle? (23, 2-10).

Para sus amigos, las acusaciones son fuertes, insoportables e injustas, pero expresan la profundidad del dolor y la necesidad de ser escuchado. A pesar de manifestarse como acusaciones, no son sino un pedido

angustiado de ser escuchado, y nadie pide ese favor si no tiene, en el fondo, la convicción de que finalmente puede ser tenido en cuenta. Job se define a sí mismo como alguien que “resiste” hasta el final, hasta que le toque su turno de comparecer ante Dios (14,14). Aguanta porque no deja de esperar, resiste con la fuerza de la esperanza, tal como enseña Jesús a sus discípulos que aquel que persevere hasta el final se salvará (Mt 10, 22; 24, 13 y Mc 13, 13). Job se enoja con los amigos, se enoja con Dios, pero nunca pierde la esperanza de ser oído, por lo cual insiste hasta conseguir lo que busca. Job pierde todo, menos la esperanza, y, por eso, sólo por eso, al final es recompensado.

Los géneros literarios

El libro de Job es difícil de clasificar por la diversidad de géneros que lo componen y que se mezclan a lo largo de la obra. En principio, es un cuento oriental que asume la forma de algunos mitos antiguos. Relata, además, una historia breve aunque impresionante, a la que agrega una reflexión y unas conclusiones sapienciales para aplicar en la vida. De hecho, comienza como todo cuento diciendo: “Había un hombre en el país de Uz llamado Job [...] Era un hombre dichoso [...] Pero un día...”. A continuación, narra la historia asombrosa de un

hombre justo que pasa de la abundancia a la miseria y el sufrimiento de un momento a otro. Luego, da comienzo a unos diálogos que intentan explicar lo que sucedió y concluye, de manera inesperada, con un nuevo cambio de situación. Al final, Job recupera y acrecienta el bienestar del cual gozaba antes de su desgracia por una restauración, que es obra de Dios.

Este cuento tiene, además, la genialidad de mezclar la historia terrenal con unas escenas que transcurren fuera de este mundo. Después de presentar la vida feliz que llevaba Job, el relato se interrumpe con una asamblea en el Cielo de la cual participan no sólo los ángeles buenos: “El día en que los Hijos de Dios venían a presentarse ante Yahveh, vino también entre ellos el Satán” (1, 6). “Los Hijos de Dios” es la forma que tienen algunos autores del Antiguo Testamento para referirse a los ángeles, quienes aquí forman parte de la corte celestial y se presentan ante Yahveh. Entre ellos, se destaca la presencia de la “Bella-Luz” que, haciendo gala de su atributo particular, la inteligencia, introduce la pregunta más inteligente que se pueda formular sobre la fe de una persona: ¿es acaso un amor sincero el del creyente que espera recibir bienes a cambio?

Así, Dios le permite a Satán poner a prueba la fe del justo Job y así inicia el relato de las desgracias que lo dejan sin nada.

En el capítulo 2, la escena regresa al Cielo. Dios le dice a Satán que, a pesar de las pérdidas, Job no reniega de su fe (2, 3). Luego, la escena desciende una vez más a la tierra, donde Job va a ser herido con una llaga en todo el cuerpo, va a ser tentado por su mujer a maldecir a Yahveh y luego va a recibir la visita de sus tres amigos con los cuales inicia los diálogos. En ellos, aparece una de las características más notables del texto: su valor poético. Los poemas y el uso de las metáforas dan cuenta de un talento extraordinario que enriquece notablemente este texto sapiencial.

Por lo tanto, este libro está construido en prosa y en poesía y se puede clasificar como una fábula sapiencial típica de los diálogos sumeros-acádios, compuestos generalmente por una introducción mitológica, la presentación de los personajes, la descripción de las circunstancias del litigio, el cuerpo del debate, el juicio de alguna divinidad y la reconciliación final. Además, la parte poética se distingue de la prosa no sólo por su estilo, sino también porque presenta a un Job diferente; mientras en los relatos de la prosa aparece un Job paciente, en los diálogos, en cambio, el personaje se

presenta rebelde e impaciente. Por esta razón, es posible pensar en autores y momentos diferentes en ambos pasajes.

En cuanto a la estructura de este libro, se pueden identificar tres series de discursos en las que intervienen Job y sus amigos. La primera serie va del capítulo 4 al 14; la segunda, del 15 al 21; y la tercera, del 22 al 27. El capítulo 28, titulado “Elogio de la Sabiduría”, es un poema interpolado, puesto en la boca de Job por otro autor. Lo mismo sucede con el discurso de Eliú del capítulo 32 al 37, que es agregado con posterioridad para “mejorar” las tesis de Job. Por último, el texto cierra con dos discursos de Yahvé y unas breves respuestas de Job. No obstante esto, el texto se presenta homogéneo y presenta solo algunos baches, como por ejemplo, la brevedad de algunos discursos o su ausencia, como los de Bildad (25) o Sofar (11 y 20).

Por otro lado, en el texto se conjugan diversos géneros literarios. Existen elementos que reflejan claramente la existencia de un drama, de un poema dramático, que gira en torno a la desgracia de Job y sus consecuencias espirituales. Es un drama relatado en forma de obra de teatro, con prólogo, diálogos, mensajeros, apariciones de la divinidad y clímax final. Sin embargo, no se encuentran todos los elementos

propios de la tragedia griega (coro, por ejemplo), sino más bien el abordaje del aspecto dramático de la vida (Trebolle y Pottecher 2011: 122). También hay elementos propios de un proceso judicial, porque en los diálogos aparece, por ejemplo, el formato de una disputa legal: la presentación de la causa, la asistencia de testigos y de adversarios, la acusación oral o escrita, la defensa y la sentencia final. Así por ejemplo, Job habla del “juicio” de Yahvé; se refiere a su “defensa” (13,18-19); y manifiesta su deseo de presentarse ante el tribunal del juez divino para presentar su causa, escuchar sus acusaciones y defenderse (23,3-7) (Trebolle y Pottecher 2011: 124).

Por otra parte, es posible aseverar que el texto tiene forma de lamento por la cantidad de quejas que presenta Job a partir del capítulo 9. Es un lamento que se vuelve rebeldía por lo que considera una injusticia y que termina en una acusación. Job dice que habla desde la pena y la amargura (10,1-2). Su queja abarca todos los aspectos de su vida, incluso el haber nacido a una existencia signada por la desgracia, por eso, lamenta haber nacido y le reclama a Dios por su suerte (cap.3). Sin embargo, lo hace con una fuerza que no tienen otros lamentos bíblicos. Le pide a Dios que salga de su silencio, que no se haga el sordo, que no se aleje (35,22). Es un

lamento que se convierte en confesión, en un grito de reclamo ante Dios y ante los hombres por lo injusto del sufrimiento (Trebolle y Pottecher 2011: 126).

Este libro es también un texto de alabanza. A pesar de la rebeldía que inspira a Job, él no pierde nunca de vista que su problema no es el enfrentamiento con sus amigos, sino con el mismo Dios. Le cuesta entenderlo, no comprende sus designios para con él, que ha permanecido siempre fiel a su fe. Sin embargo, en medio de la disputa con Yahvé, reconoce que la excelencia de su contendiente, es consciente de que, en el fondo, no lo puede comprender porque, como el cosmos mismo que Dios ha creado, su inmensidad lo supera. El protagonista de esta historia tiene sentimientos encontrados: se siente abandonado y, a la vez, proclama en himnos la grandeza de las maravillas que Dios ha creado. Él traslada las montañas, le da órdenes al Sol y las estrellas y camina por encima del ancho mar que ha creado (9,-5-13); es alabado no sólo por la creación que podemos contemplar, sino también por aquella que no alcanzamos a ver. Según la cosmología antigua oriental, Él está debajo de lo que vemos y sostiene todo, porque tanto ese mundo subterráneo como el que

sostiene los cielos es creación divina. Todo, en definitiva, está sometido al poder del Creador silencioso (26,5-14).

Por último, es un libro en el cual también aparecen elementos propios del género de las visiones y revelaciones bíblicas. Al final, Job consigue lo que pide con tanta insistencia a Yahvé: comparecer ante su presencia. La perseverancia del justo en la prueba es premiada con el mejor reconocimiento, que es la visión de Dios. En los primeros capítulos, Elifaz describe una visión divina como un murmullo, una brisa, que se presenta en medio de visiones nocturnas, aunque ningún humano puede ver directamente a Dios (4, 12-16). Una descripción similar, es decir, de visión nocturna, es mencionada por Elihú (33, 14-15). Tal como sucede con otras teofanías, Dios se revela a un elegido, aunque no lo hace de manera abierta, sino velada. Así le ocurre a Job quien al final confiesa haber visto a Dios dejando así un mensaje de esperanza para todo aquel que, al leer su libro, se sienta identificado con el dolor y la crisis espiritual que ha experimentado. El que se quejó y se rebeló contra Yahvé de una manera inédita y atrevida, sin embargo, nunca dejó de poner su esperanza en Él; por eso, seguramente fue premiado

con el consuelo más grande: la Presencia divina sin intermediarios.

Por tanto, uno de los grandes mensajes que nos deja este libro sagrado es el valor de la perseverancia en el momento de la prueba, el mérito que tiene la lucha espiritual contra las dificultades, las enfermedades, las pérdidas, etc., contra la impotencia y la tristeza en medio del dolor. Hay que perseverar, como Job, quien se sostiene en la esperanza en Dios y no en las propias fuerzas.

CAPÍTULO 1

¿TIENE SENTIDO EL SUFRIMIENTO?

Cuando vemos a un niño o a un anciano sufrir dolores graves, cuando vemos que la pérdida de un ser querido deja un vacío difícil de llenar, cuando nos enfrentamos a una enfermedad crónica o una discapacidad, nos preguntamos siempre si ese dolor puede tener algún sentido. Si a pesar de ser una experiencia angustiante del mal, puede haber en ella algo positivo. Lo primero que se nos ocurre pensar es que no hemos tenido suerte en la vida, que hay un “destino” marcado que no nos favorece como a otros, que no deben sufrir como nosotros; o bien, a veces pensamos que Dios nos quiere “castigar” por los pecados que hemos cometido; o tal vez la culpa de lo que nos sucede está en la maldad o negligencia de otro. No importa cuál de estas respuestas u otras similares elaboremos, pues en definitiva, estamos siempre tratando de comprender la presencia del misterio del mal en nuestras vidas, porque necesitamos una explicación lógica de lo que para nosotros carece de razón de ser.

De esta forma, el dolor impacta no sólo en el cuerpo o en la mente, sino también en el alma, porque con la búsqueda del sentido que tiene en nuestra vida, comienza una “crisis”

espiritual que puede acercarnos a la sabiduría divina o bien alejarnos, tal vez por mucho tiempo, de Dios y sus designios. Esto que nos ocurre le pasa a todo aquél que pasa por un sufrimiento importante. Todos nos formulamos las mismas preguntas, aunque las circunstancias y el proceso sean absolutamente personales. También Job, el personaje del libro que comentaremos, formula preguntas a lo largo del texto; preguntas a sí mismo, a sus amigos y al mismo Dios, que buscan con ansiedad una respuesta.

1. Job cae en desgracia

La mayor parte del libro de Job está dedicado a los diálogos; sin embargo, la introducción que lo enmarca, como ya advertimos, tiene forma de cuento oriental, en el que se presenta al personaje y se define la cuestión religiosa en torno a la cual van a girar las discusiones que animan la obra. Del personaje se describe su condición, su estilo de vida y sus actitudes; sobre la religión, se cuestiona la sinceridad de una fe interesada, tal como propone la teoría de la retribución.

En el sentido más pleno de la expresión, Job “cae en desgracia”, porque pasa de una vida perfecta en la que no le faltaba nada –ni siquiera la generosidad–, a perder todo: la

familia, los bienes, la salud, etc. De la cima de la vida, cae al llano despreciable de los deshechos, de un momento para otro.

Job es un extranjero, un hombre que viene del país de Us, vecino y enemigo de Israel. De esta manera, el autor que escribe esta obra inspirado por Dios fuera de su país, quiere también situar al protagonista fuera de Israel para tener un poco más de libertad espiritual. Necesita sentirse libre de presiones para poder cuestionar uno de los principios más arraigados en la visión de la religión, pero a la vez, le da también una apertura universal, pues su mensaje sapiencial está dirigido a todos los hombres, no sólo a los israelitas.

El autor quiere, además, tener la libertad espiritual suficiente para cuestionar las decisiones de su Padre. En efecto, Job no sólo se enfrenta con sus amigos, los defensores de la teoría de la retribución, sino también con Dios, pues no querer al hijo que le ha sido fiel en todo. Job no comprende esta actitud divina y se siente un hijo abandonado que busca angustiosamente a su Padre ausente. Nosotros podemos identificarnos con esta actitud, porque en el dolor nos sentimos como él, solos y a la intemperie.

Sin embargo, no era ésa su situación inicial; por el contrario, el autor describe a un hombre rico, con una familia grande (7 hijos y 3 hijas) y una vida dichosa. Era, dice exagerando un poco para que a nadie le quede duda, “el hombre más rico de Oriente”. Pero no un rico como los que vemos a menudo, es decir soberbios, autosuficientes y manejando a los demás con el dinero, sino un hombre creyente que no sólo se preocupa por agradar a Dios, sino que, además, se ocupa de bendecir y purificar a sus hijos ante Él.

El autor interrumpe esta descripción de Job súbitamente en el versículo 6 con un cambio de escenario: la narración deja la tierra y se traslada inesperadamente al cielo. Allí aparecen los ángeles, que, como en otros pasajes bíblicos, son llamados “los hijos de Dios”. Ellos se presentan ante Yahvé, como lo hacían en la antigüedad los cortesanos ante un rey para debatir sobre cuestiones de gobierno. Entre ellos, está también el Adversario, el Satán, que viene de dar una vuelta por la tierra. Dios le pregunta si ha visto a Job y lo describe como un hombre moralmente irreprochable de quien Él se siente muy orgulloso: “hombre cabal, recto que teme a Dios y se aparta del mal” (Job 1, 8). Esta alabanza, la más

importante que Job podría haber recibido, se convierte luego en uno de los argumentos principales de la discusión con sus amigos. Para ellos, la desgracia de Job se explica por sus pecados, pues siguiendo la teoría de la retribución, culpan a este justo de ser pecador como todos los hombres. Sin embargo, él no encuentra faltas contra Dios o el prójimo por las que merezca padecer. Por eso, con tenacidad y justicia, él va a defender hasta el final su inocencia. Cansado de la acusación falsa y de la incompreensión de sus amigos, va a pedir una audiencia directa con Yahvé, para discutir con Él porque se siente seguro de su inocencia y con derecho reclama justicia.

El Satán, lejos de amedrentarse y como jugador hábil, aprovecha la oportunidad y le responde haciendo gala de su inteligencia y desafiando al mismo Dios con la pregunta y la propuesta más aguda que se pueda hacer sobre la fe de todo creyente:

¿Es que Job teme a Dios de balde? ¿No has levantado Tú una valla en torno a él, a su casa y a todas sus posesiones? Has bendecido la obra de sus manos y sus rebaños hormigean por el país. Pero, extiende tu mano y toca todos sus bienes; ¡verás si no te maldice a la cara! (Job 1, 9-11)

La “Bella-Luz” deja en claro que conoce al hombre en su interior, que sabe perfectamente que las verdaderas intenciones de nuestras acciones no son lo que parece y que estamos realmente heridos por un desorden que, a veces, tiñe todo lo bueno que hacemos. El amor a nosotros mismos es más fuerte de lo que pensamos y, muy a menudo, nos arrastra a buscar en todo lo que hacemos, aún en las acciones más nobles como la religión, nuestro propio interés.

¿Cómo no va a creer en Dios? Si así le ha ido bien en la vida, e incluso mucho mejor que a otros, dice el Satán. Y tiene razón: es fácil ser justo con Dios y bueno con el prójimo si de esta manera nos aseguramos una buena vida aquí en la tierra. Pero ¿qué pasaría si Dios pone a prueba nuestra fe con el dolor, si perdemos la salud, la tranquilidad, a un ser querido o algunos bienes? ¿Nos mantendríamos firmes en la fe? Con rapidez se nos ocurre responder afirmativamente, sin embargo, en la vida, en el momento de la prueba, la respuesta no es tan sencilla.

He aquí uno de los primeros y principales sentido de por qué Dios permite el sufrimiento en nuestra vida: pone a prueba nuestra fe en Él. Nosotros podemos pensar que este Padre elige una forma cruel de probarnos, porque quizás

podría encontrar una forma que no duela; sin embargo, Él conoce nuestra alma y sabe que en la situación de fragilidad, es cuando se puede ver en quién confiamos y a quién estamos dispuestos a obedecer. Esto es precisamente lo que el Satán le plantea a Yahvé: mientras el hombre reciba beneficios va a mostrarse siempre fiel a Dios. Ahora bien, ese amor no es honesto pues en vez de buscar a Dios, persigue los bienes que espera recibir de Él. Así, el sufrimiento como prueba se entiende no desde la perspectiva humana, sino desde la perspectiva de Dios, porque Él sabe del peso real que tiene el amor propio a la hora de decidir y, por eso, quiere que el hombre que lo elija, ya sea que reciba bienes o padezca males.

Planteada la cuestión en el cielo, el autor se traslada nuevamente a la tierra, donde el Adversario, luego de haber obtenido el permiso divino, comienza su obra: herir al justo y sentarse a esperar su reacción:

El día en que sus hijos e hijas comían y bebían en casa de su hermano mayor, llegó un mensajero donde Job diciendo:

“Estaban los bueyes arando y la burras pastando al lado y de pronto han caído sobre ellos los sabeos y se han

los han llevado, después de matar a los siervos al filo de la espada. Sólo yo he podido escapar para contártelo”.

Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje:

“Ha caído del cielo fuego de Dios y ha pegado fuego y consumido a las ovejas y los pastores. Sólo yo he podido escapar para contártelo”.

Todavía estaba éste hablando cuando llegó otro con el siguiente mensaje:

“Los caldeos, divididos en tres grupos, se han echado sobre los camellos y se los han llevado, después de haber matado a los siervos a filo de espada. Sólo yo he podido escapar para contártelo”.

Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje:

“Tus hijos e hijas estaban comiendo y bebiendo en casa del hermano mayor; de repente, un viento huracanado del otro lado del desierto ha embestido contra los cuatro ángulos de la casa, que se ha derrumbado sobre los jóvenes y han muerto. Sólo yo he podido escapar para contártelo”. Se levantó Job rasgó su manto y se

rapó la cabeza; después cayó en tierra en actitud humillada (Job 1, 13-19).

La vida de Job cambia completamente, pierde todo lo que tenía, realmente “cae en desgracia”, o mejor dicho, siguiendo este relato cuidadosamente construido, le “caen” desgracias (los ladrones sabeos, un rayo destructor, los asesinos caldeos y un furioso huracán) hasta que “cae” el mismo Job, rostro en tierra, porque el dolor extremo tiene la fuerza de doblegarnos. Así vencido, pero lúcido, pronuncia una de las frases más profundas de toda la obra:

“Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá retornaré. Yahveh dio, Yahveh quitó: ¡Sea bendito el nombre de Yahveh!” (Job 1, 21-22).

La frase es profunda porque revela una de las verdades esenciales más importantes de la condición humana: la desnudez que está al inicio y al final de nuestra vida; desnudez que luego olvidamos. Cuando andando en la vida, nos llenamos de cosas que nos hacen creer que somos mejores o que estamos más seguros cuánto más tenemos; pero en realidad, por más que acumulemos cosas, en definitiva, estamos siempre desnudos y a la intemperie si no tenemos puesta nuestra confianza en Dios. Lo que nosotros

consideramos bienes pueden convertirse en un obstáculo, desde un punto de vista espiritual, si ponemos en ellos nuestra confianza y nuestra felicidad, tal como enseña este libro sagrado (Levecque 1987: 9).

Uno de los sentidos más profundos que tiene la presencia del dolor es darnos la posibilidad de tener una mirada más sabia sobre nuestra vida, esto es, una visión que tenga en cuenta la verdadera condición del hombre. La desnudez de la que habla Job es precisamente eso (Kierkegaard 1970: 209). Es lo que nos define desde el principio hasta el fin de la existencia humana y una de las condiciones que más frecuentemente olvidamos, porque pensamos que las cosas que adquirimos pueden asegurarnos la felicidad y la vida (Levecque 1987: 9). Este justo, desposeído de los bienes que en otro momento eran motivo de alegría, reconoce que, en el fondo, nunca tuvo nada, que a este mundo vino sin nada y de la misma manera se irá. El seno de la tierra lo espera desnudo como salió del otro seno, el de su madre. La desnudez es la condición del ser humano, es decir, su fragilidad y pobreza radical y una de las enseñanzas más valiosas de esta vivencia del mal.

2. Del dolor a la crisis espiritual

Un sufrimiento importante o prolongado conduce, muchas veces, a una crisis espiritual. Cuando no se percibe una salida para el dolor o cuando nos parece que es más fuerte que nuestras fuerzas, la tristeza comienza a adueñarse del alma y a oscurecer la vida entera hasta asfixiarla. Por eso, es importante especialmente en esas situaciones iniciar lo antes posible la búsqueda de sentido. El dolor puede llevarnos a una crisis grave, pero también puede ser una oportunidad para iniciar un proceso de maduración y superación. Esto es lo que sucede a continuación en la historia de Job. Todas las desgracias que lo fueron dejando sin sus bienes y sin hijos lo llevan a la tristeza, después de reconocer ante Dios y el mundo que, a pesar de ser “el hombre más rico de Oriente”, en realidad, siempre estuvo con la piel expuesta por el hecho de ser hombre.

El Satán, hay que repetirlo, conoce bien a la persona humana y, por eso, sabe que puede vencer al justo si lo hiere quitándole la salud. Hasta entonces Job había perseverado fiel a Yahvé, pero ahora unas llagas dispersas por todo el cuerpo lo llevan a lo más profundo del dolor. El autor describe en una

línea y con una imagen la tristeza y la soledad de Job, sentado solo en un basural, atormentado por la enfermedad.

Pero las penas de Job no terminan allí. A todas las desgracias que cayeron sobre él, ahora hay que sumarle la actitud irracional de su mujer que lo insta a maldecir a Dios y morir para terminar de una vez con tanto dolor. La tentación es fuerte; aunque no lo haya dicho, Job sabe que todo lo que sucede en este mundo tiene que ver con los planes divinos. Sin embargo, no cede. Trata de insensata a su esposa y se aferra a la idea de un Dios que nos da todo, lo bueno y lo malo.

Hasta aquí Job se mantiene fiel a Yahvé. Ha perdido todo lo que tenía, pero no la confianza en la justicia divina. En una escena que se asimila a la foto de un alma, Job se queda sentado en silencio durante siete días. Es tanto el dolor que no puede hablar. Es tanto su dolor que sus amigos, los que vinieron de lejos para acompañarlo, no se atreven a decir nada. No encuentran palabras que puedan consolarlo y callan. Pero las que no callan son las preguntas que una y otra vez, como nos ocurre también a nosotros en situaciones similares, se repiten en el interior del justo, dando así inicio a una crisis espiritual:

¡Perezca el día en que nací, y la noche que dijo: “Un varón ha sido concebido”! El día aquel hágase tinieblas, no lo requiera Dios desde lo alto, ni brille sobre él la luz. Lo reclamen tinieblas y sombras, un nublado se cierna sobre él, lo estremezca un eclipse [...] Y aquella noche hágase inerte, impenetrable a los clamores de alegría [...] Sean tinieblas las estrellas de su aurora, la luz espere en vano y no vea los párpados del alba. Porque no me cerró las puertas del vientre donde estaba, ni ocultó mis ojos al dolor. ¿Por qué no morí cuando salí del seno, o no expiré al salir del vientre? ¿Por qué me acogieron dos rodillas? ¿Por qué hubo dos pechos para que mamara? (Job 3, 3-12).

Naturalmente, Dios no puede cumplir lo que Job le está pidiendo, porque deshacer lo que hizo sería contradecirse, algo ilógico e imposible en Él. En su Sabiduría divina, decidió sacar de la nada a los seres y no puede volverlos a ese caos original cuando nada existía, del que se habla en Génesis (Asurmendi 2001: 40).

En realidad, este pedido imposible de cumplir no es más que un grito de angustia e impotencia; es tanto el sufrimiento que Job prefiere no vivir así, por eso quiere volver atrás el tiempo y evitar una existencia tan dolorosa. Es la única

“salida” que se le ocurre, aunque no tengamos elementos para pensar en una actitud suicida en él. Se siente encerrado y asfixiado por un dolor que parece no tener fin, por eso piensa, equivocadamente, que desaparecer es la forma de dejar de sufrir. Para comprender mejor su estado anímico, deberíamos recordar que pasó de una vida plena y de abundancia a una situación miserable, de un momento a otro. Como dice el libro del Eclesiástico, la muerte es amarga para el que goza de sus bienes y vive con placer, pero dulce para el que está derrotado y desesperado (Eclo 41, 1-2).

Este grito desesperado de liberación del dolor nos hace recordar las palabras del profeta Jeremías en una situación similar:

¡Maldito el día en que nació! ¡El día en que me dio a luz mi madre no sea bendito! ¡Maldito aquel que felicitó a mi padre diciendo: “Te ha nacido un hijo varón” y le llenó de alegría! [...] ¡Oh, que no me haya hecho morir desde el vientre, y hubiese sido mi madre mi sepultura, con seno preñado eternamente! ¿Para qué haber salido del seno a ver pena y aflicción, y a consumirme en la vergüenza mis días? (Jer 20, 14-15.17-18)

El texto, a pesar de la tristeza y angustia que transmite, también habla de la capacidad poética de su autor, como hemos dicho en la introducción. Su capacidad para expresar, de manera plástica con imágenes, un deseo tan oscuro es realmente notable. Job desea que el día de su nacimiento se vea “estremecido por un eclipse” y que “la luz espere en vano y no vea los párpados del alba”. Este pasaje deja así entrever una profunda crisis espiritual, pues el protagonista de esta historia ya no quiere la vida que Dios le ha dado. Sabe, como todo creyente, que a Él le debe su vida y que la Providencia divina guía su historia. Es por eso que el creyente se siente seguro en este mundo, a pesar de que nada está asegurado en su vida. La confianza está puesta en un Dios que es bueno y que usa todo su poder para hacer el bien. Lo que Job no entiende es qué es lo que hizo mal para que su vida cambiara tanto. Seguramente se repite la pregunta que todos nos hacemos ante una situación dolorosa y repentina: ¿por qué me sucede esto a mí?, ¿por qué ahora? La crisis espiritual no es otra cosa sino la búsqueda de respuestas a esas preguntas.

3. ¿Tiene sentido el sufrimiento?

Encontrarle un sentido a lo que nos hace sufrir no es una tarea espiritual sencilla. Un dolor importante o

prolongado, como dijimos, nos conduce en algún momento a una crisis espiritual. También nosotros, como Job, comenzamos a hacernos preguntas por la causa y el sentido de nuestro dolor (Le Breton 1999: 13). También nosotros, como Job, nos preguntamos, por qué Dios nos castiga si no le hicimos daño a nadie ni lo hemos ofendido a Él. ¿Puede alguien merecer un sufrimiento?

Si recurriéramos a la teología del hinduismo, la respuesta sería más sencilla. Según la ley del karma, todo sufrimiento en la vida presente es consecuencia de las acciones malas que realizamos en la vida pasada y que ahora debemos purgar para alcanzar una existencia mejor en la próxima reencarnación (Diaz 1998: 120). Pero nos resulta difícil aceptar semejante justificación de una enfermedad o de la pobreza, no sólo racionalmente sino también teológicamente, porque nuestra visión cristiana es radicalmente opuesta. Para el cristianismo, el sufrimiento no se explica por un karma, ni por un castigo divino, ni por un destino maldito. Sufrimos por la debilidad de nuestro organismo, de nuestra psiquis, por el funcionamiento imperfecto del mundo en las catástrofes, por la maldad de algunos hombres que comenten injusticias, y también, en

algunas ocasiones, porque cometemos errores que tienen consecuencias en nuestra vida.

La pregunta por el motivo de nuestro dolor es una de las primeras que nos hacemos y las respuestas suelen ser muy diversas. Por ello, es conveniente que tengamos la lucidez y el coraje de poder examinar la verdadera causa de lo que nos hace padecer. En el momento del sufrimiento es difícil pensar con claridad, a veces, es simplemente difícil pensar. Sin embargo, como le sucede a Job, enseguida se agolpan en nuestra mente preguntas sobre las posibles causas; y entre ellas, una de las primeras preguntas que nos hacemos es si no se trata de una intervención divina. Como creyentes, sabemos que el plan de la Providencia divina dirige lo que pasa aquí en la historia, por lo cual es absolutamente comprensible que se nos ocurra ver la mano de Dios en lo que nos pasa. Pero el sufrimiento humano no es una advertencia, ni un castigo divino a un hombre o a una comunidad (Varone 1988: 231), porque Dios no quiere el mal para nosotros, pues sería incompatible con su ser, dado que Él es la Bondad Absoluta, como veremos más adelante. Por el contrario, el sufrimiento humano en general es la consecuencia propia de la fragilidad física y moral de los seres humanos y del mundo. Y el

sufrimiento en concreto de un individuo o de un grupo se explica por esa fragilidad en determinadas circunstancias. Ésa es la primera de las causas posibles en un caso individual, pero no la única.

La segunda causa posible es la que tiene que ver con la capacidad que el hombre tiene de hacer el mal, como los actos de violencia o de injusticia. Dios sabía que, al darnos esa libertad, corría el riesgo de que la usáramos para el mal, para el desorden, para hacer daño. No obstante ello, quiso dejar en nuestras manos la posibilidad de elegir, para que nuestro amor por Él y por el bien no fuera una decisión mecánica, sino voluntaria. Por lo tanto, si quisiéramos encontrar una explicación, al menos en general, de lo que nos pasa en la vida, tenemos que comenzar por reconocer con humildad que esta vida y este mundo en el que vivimos no son perfectos y, por eso, estamos expuestos a distintas experiencias que nos hacen tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad. La vida sin dolor sólo es posible de alcanzar en la eternidad. Dicho esto, en general, podemos también tratar de dilucidar las causas del sufrimiento en nuestra situación concreta y para eso es conveniente saber qué es el sufrimiento, sus diversas formas y qué valor positivo podría tener en nuestra vida.

La Asociación Internacional para el Estudio del Dolor define este dolor como una experiencia desagradable sensorial y emotiva asociada a un daño que sufre el organismo (Moscoso 2011: 17). Efectivamente, causa rechazo en la persona, por lo cual es algo que se evita o de lo cual se trata de salir lo antes posible, porque nadie puede naturalmente querer sufrir.

El dolor puede darse tanto en el cuerpo como en el alma; en el cuerpo, por una enfermedad, un accidente, una discapacidad, etc., que puede afectar los sentidos o el sistema nervioso; en el alma, cuando a partir de un dolor físico, un problema personal, psicológico o moral, el padecimiento se experimenta en la mente que se siente angustiada (Juan Pablo II, n. 5). Sin embargo, aunque se pueda distinguir claramente un dolor físico o espiritual, hay que decir que, a diario, comprobamos la realidad de la visión antropológica clásica de Aristóteles para quien el cuerpo y el alma están unidos sustancialmente y se influyen mutuamente. Así padecemos dolores físicos como consecuencias de problemas de orden psicológicos; por ejemplo, el estrés, la ansiedad y sus trastornos, la depresión nos causan dolores fuertes en el pecho, la cabeza y el estómago, entre otros síntomas, y nos

obligan a buscar soluciones reales más profundas que los analgésicos.

Si a nosotros nos tocara padecer algo de esto en algún momento de la vida, ¿no deberíamos buscar las verdaderas razones de esos dolores y, haciendo un buen examen de conciencia, revisar los temores, deseos, frustraciones y pensamientos con los cuales nosotros mismos nos hacemos daño? ¿O nos conformaríamos con pensar que la culpa es de otro y que esto se soluciona con un calmante? En la misma perspectiva, pero con mucha más paciencia, humildad y comprensión, deberíamos buscar una solución para los sufrimientos que tienen origen en las enfermedades mentales.

Por otra parte, también están los dolores corporales que en muchas ocasiones son síntomas de una enfermedad. Aquí no hay una responsabilidad directa, ni una relación directa con un pecado que cometimos. A veces, cometemos el error de pensar que una enfermedad puede ser un castigo divino, sin embargo, el pecado no puede ser de ninguna manera su causa, como enseña el mismo Jesús cuando le preguntan por la ceguera de un ciego de nacimiento (Jn 3). Esa relación entre el pecado y la enfermedad –o cualquier otro sufrimiento– puede ser causa de una equivocada conciencia

de culpa, o bien, de una visión interesada de la religión, como sucede con la teoría de la retribución (Juan Pablo II, n. 10-13). Los amigos acusan a Job de tener responsabilidad en el mal que sufre, porque sostienen que Dios no permite que un justo padezca. Si el creyente cumple con Dios, según esta visión, Dios cumple con el creyente y lo protege de todo mal. Job se opone a esta teología y la cuestiona a lo largo de toda la obra, no sólo porque no tiene faltas por las que merezca sus padecimientos, sino porque en el fondo, el que busca a Dios por interés personal, en realidad, no lo ama por encima de todo, sino que pretende su propio bien.

En definitiva, padecemos enfermedades no porque hayamos ofendido a Dios, sino por la fragilidad de nuestra condición humana. La enfermedad y el dolor forman parte de la vida de un ser que, lo reconozca o no, es débil. En vez de identificar, entonces, la vida con el éxito y con una felicidad sobreactuada, como sucede frecuentemente en la actualidad, no deberíamos evadir estas situaciones que, a pesar de hacernos sufrir, pueden tener un sentido positivo en la vida.

Las conclusiones del análisis antropológico del dolor de André Breton pueden aportarnos algunas reflexiones interesantes en este sentido. Los médicos, sostiene este

antropólogo francés, pueden cometer el error de pensar que el problema se soluciona con analgésicos, cuando en realidad el dolor abarca a toda la persona, tanto su dimensión fisiológica, como su estado psicológico o espiritual (Le Breton 1999: 28ss). El dolor no es sólo un mecanismo de respuesta del sistema nervioso que se activa ante un estímulo negativo y reacciona para evitarlo; y no lo padece un órgano sino la persona que lo percibe y lo interpreta. En todo dolor, hay un proceso racional de interpretación que va de lo físico a lo simbólico. Por eso, el dolor es soportable cuando la persona puede entender algo de lo que le pasa y tiene la esperanza de poder superarlo. Y por el contrario, el dolor se vuelve insoportable cuando no se comprende y cuando no encuentra la posibilidad de una salida. En este sentido, los que asistimos a enfermos terminales podemos dar testimonio de cómo, para algunos enfermos terminales con dolores intensos, la esperanza de una vida futura sin sufrimientos se convierte en un verdadero consuelo.

Por otra parte, estas investigaciones antropológicas comprueban que la capacidad de soportar el dolor es mayor cuando el paciente se siente acompañado por sus seres queridos. El sufrimiento como hecho espiritual es

fundamentalmente la experiencia agónica de la soledad y la fragilidad humana y lo único que puede mitigarlo es el afecto y la compañía (40ss). El que se siente solo no encuentra una razón para seguir luchando por su vida. Nadie puede darle sentido a su vida por sí mismo, o dicho de otra manera, el dolor nos revela la verdad del hombre: nadie puede ser feliz si vive para sí mismo. Si esto lo podemos aprender a partir de la experiencia del sufrimiento, ¿podemos decir que no tiene sentido sufrir? En la misma línea, podemos decir que esta punción que nos saca de nuestra zona de confort nos permite experimentar otra de las verdades antropológicas más profundas del ser humano: no podemos vivir sin ayuda de los demás. Las enfermedades que nos impiden valerlos por nosotros mismos y nos obligan a pedir ayuda nos acercan a la humildad. Hace falta humildad, precisamente, para vencer el orgullo de pensar que no necesitamos de los demás y que siempre vamos a poder valerlos por nosotros mismos. De este modo, las enfermedades que padecemos en la vida pueden tener un valor positivo si las asumimos no como un castigo o fatalidad de la cual renegamos hasta cansarnos, sino como la oportunidad de vivir en profundidad lo más humano de nuestra vida: la necesidad de dar y recibir ayuda de los

demás, la necesidad de amar con comprensión y misericordia por el que sufre, saliendo de la visión egoísta y superficial de pensar que lo que importa es cumplir con nuestros proyectos de realización individual. El éxito, el verdadero éxito, es realizarnos como seres humanos, como seres que se realizan por el amor, no por la acumulación de bienes.

Hasta aquí, podemos decir que no tenemos que pensar, salvo irresponsabilidad directa de alguien, que lo que padecemos es consecuencia de los planes de Dios o de alguna persona. Las enfermedades se explican, como dijimos, por la fragilidad de nuestra naturaleza humana y sólo nos queda encontrarle un sentido espiritual. Sin embargo, hay sufrimientos en los cuales sí podemos reconocer una cierta responsabilidad nuestra o de otra persona. Son los dolores morales los que se originan en la relación con los demás como consecuencia de injusticias, agravios, desprecios, incompreensión, violencia o cualquier otro tipo de ofensa. Son, habitualmente, los dolores que más nos hacen sufrir y que más cuesta superar, porque en varias ocasiones se dan en relación con personas cercanas. Estos dolores sólo se superan con el tiempo porque hace falta un proceso espiritual y un

cambio de visión que termine en el perdón y en dejar a Dios el juicio de las personas.

Entre esas situaciones dolorosas, también hay algunas de las que somos lamentablemente responsables. Por más que seamos buenos y que de manera habitual tengamos intención de hacer el bien, sabemos que, por debilidad o malicia, a veces, nos equivocamos y terminamos haciendo lo que no queríamos. Una búsqueda de sentido para el sufrimiento tiene que contemplar, en algunos casos, un examen de conciencia sincero que nos permita cuestionarnos a nosotros mismos y a nuestras elecciones. Hay ocasiones en que haríamos bien en reconocer que somos nosotros mismos los responsables de lo que nos hace sufrir.

El pecado es un desorden en el alma y en la vida; en el alma, porque nos hace elegir el mal y así deseamos, por ejemplo, bienes que no son tales o buscamos formas falsas de felicidad cometiendo equivocaciones. En la vida, esos “errores” tienen, muchas veces, consecuencias directas en nosotros mismos, en nuestra familia, en el trabajo y en la relación con los demás. Algunos conflictos que enfrentamos son causados por no controlar los deseos de placeres, de bienes, de éxito, o por la voluntad de dominar a otros o

sobresalir. Todos estos deseos desordenados del alma que no se dominan nos generan habitualmente dificultades en las relaciones personales y nos hacen padecer angustias y tristezas que no sólo afectan al alma sino también al cuerpo. En estos casos, ¿tenemos que pensar que la culpa es del destino, o bien analizar qué hay detrás de actitudes y gestos nuestros o ajenos para encontrarnos con que la raíz del mal está en el interior y no en el exterior?

En algunos casos, la relación entre el pecado y el padecimiento es patente y, por eso, imposible de negar. La falta de control de la ira, por ejemplo, suele ser una de las razones por las que sufrimos y hacemos sufrir a otros, ¿o no son acaso las ofensas y agresiones a los demás una de las actitudes que más dolor nos causan, sobre todo, cuando son contra seres cercanos? Otro de los pecados capitales que generan numerosos conflictos familiares, laborales o ente amigos, es la envidia. A pesar de que nos la ingeniamos bastante bien para disfrazarla de otras intenciones, es frecuente encontrarse con el rencor o tristeza por el éxito de otro, o bien, con la disimulada alegría por el mal que le toca padecer. La envidia está detrás de muchas de las actitudes nocivas que complican las relaciones familiares, laborales o de

amistad. Por eso, muchos de esos enfrentamientos personales se evitarían o se podrían solucionar si fuéramos conscientes del daño que causa la envidia y tratáramos de dominar nuestros deseos o si tuviéramos la capacidad de perdonar a los que nos hacen daño y evitar que nos sigan afectando. Algo similar sucede con la gula, con la incapacidad de dominar el placer en la comida y en la bebida. También en estos casos hay una relación directa entre lo que padecemos y nuestra falta de voluntad para dominar el apetito. Esta relación puede tornarse más evidente y peligrosa en el caso de los trastornos o las adicciones. Y, naturalmente, lo mismo podemos decir de las consecuencias que podemos sufrir por la falta de un dominio racional del deseo sexual y un uso egoísta o banal del otro. En todos estos casos, la superación del sufrimiento comienza por el acto de humildad de reconocer que el mal que padecemos no viene de afuera, sino que deriva de un desorden moral propio, el cual no se podrá superar si no hay una verdadera y profunda conversión del alma.

En síntesis, podemos decir que, así como Job hace una crisis espiritual porque se pregunta por qué le han sucedido esas desgracias que lo dejaron sin bienes, sin familia y enfermo casi de muerte, también nosotros nos preguntamos

de dónde sale el mal que padecemos. Este cuestionamiento no se resuelve sólo en el análisis de las causas temporales, sino que frecuentemente termina en un planteo que cuestiona la Bondad y Justicia con la cual Dios gobierna nuestra vida. Por eso, el sufrimiento se supera cuando la persona busca el sentido que esa experiencia del mal pueda tener en su vida. Como dijimos antes, hay razones que explican la existencia del dolor en general y se puede acceder a ellas. Sin embargo, resulta difícil comprender en las situaciones particulares el sentido que pueda tener. Se trata, en definitiva, de aceptar la condición humana con sus límites y de encontrar su valor positivo. Lo que no deja de ser una experiencia del mal podría, a pesar de todo, dejarnos algún bien espiritual.

CAPÍTULO 2

¿QUIERE DIOS EL MAL PARA LOS BUENOS?

A todos nos cuesta comprender a Dios. Por este motivo, algunos se niegan a creer y prefieren vivir en la oscuridad de pensar que no hay nada después de esta vida. Nos cuesta concebir una idea que lo represente, razón por la cual hay tantas representaciones curiosas sobre Dios a lo largo de la historia. Nos cuesta también pensar conceptos que no podemos comprender, pues al vivir en la limitación del espacio y el tiempo, nos sentimos superados por los atributos de la divinidad, como la simplicidad, la infinitud o la eternidad. Pero lo que más nos cuesta comprender es cómo piensa Dios, cómo mira al hombre y al mundo y qué planes tiene para cada uno de nosotros.

De hecho, en más de una ocasión, quedamos sorprendidos por el rumbo que toma nuestra vida, hechos inesperados, circunstancias que cambian o aparición de personas nuevas hacen que, de pronto, lo que nosotros creíamos que teníamos dominado se convierta en una prueba evidente de que es la Providencia divina la que dirige nuestra vida y no la previsión de “nuestros planes”. Si estos cambios cuestionan nuestra fe en cuanto que ponen a prueba nuestra

confianza en Dios, mucho más lo hará el hecho de que el Dios Bueno que conocemos y en el cual creemos “permita” que el mal nos haga sufrir. Con cualquier tipo de sufrimiento, sea por una enfermedad, por una pérdida, por un pecado propio o ajeno, por una injusticia, o cualquier otro, siempre nos encontramos ante la dificultad de conciliar la Bondad divina – que quiere siempre el bien para sus hijos– con lo que nos toca padecer (Greshake Gisbert 2008: 24).

Eso es precisamente lo que le sucede a Job. Él se queja porque no comprende a Dios. Creía conocerlo, estaba seguro de contar con su bendición, se sentía cerca de Él. Pero de pronto, Yahvé –quien, por otra parte, reconocía y alababa el comportamiento de este justo– se deja convencer por el cuestionamiento insidioso del Satán y pone a prueba su fidelidad, despojándolo de todo: bienes, hijos y salud.

Job es un rebelde, pero no sin causa. Su rebeldía tiene una explicación: es muy difícil aceptar la idea de que Dios quiera hacernos un bien permitiendo que algo malo nos ocurra y nos haga sufrir. ¿Acaso algo bueno puede salir del mal? Esta pregunta que se hace Job es la misma que nos hacemos nosotros en situaciones similares y se puede contestar correctamente si, a pesar de nuestra dificultad para

comprender a Dios, nos atrevemos a pensar que la idea divina del bien no coincide exactamente con la nuestra, con lo que nosotros deseamos y esperamos de Dios.

1. ¿Quiere Dios el sufrimiento del justo?

El dolor siempre nos escandaliza, porque es una verdadera roca contra la cual chocan nuestros razonamientos, sobre todo, si tenemos una visión demasiado “temporal” de nuestra fe, como sucede con los amigos de Job. Ellos enfrentan al justo caído en desgracia y le recuerdan, una y otra vez, un principio fundamental de su sabiduría: Dios no castiga a los buenos y, si alguno sufre, es porque seguramente cometió algún pecado.

La teoría de la retribución es no sólo una distorsión de la relación del hombre con Dios, sino del concepto de bien y de mal. ¿El éxito en esta vida es el verdadero bien? En la visión de una religión interesada, el bien particular es el verdadero fin que busca el creyente, un bien o unos bienes, que son los que se espera recibir de Dios a cambio del cumplimiento de sus preceptos. El amor a Dios está en un orden secundario. No se ama a Dios por sí mismo, sino por lo que se espera obtener. De esta manera, el bien secundario pasa al primer lugar en la

intención real del sujeto, produciéndose así una distorsión del orden entre los bienes y una deformación de la noción misma de bien.

El demonio conoce perfectamente esta habilidad que tenemos los hombres para disfrazar nuestros verdaderos intereses de actitudes más nobles cuando, en verdad, lo que buscamos es satisfacer nuestras necesidades y deseos. Por esa razón, después de escuchar las alabanzas divinas del comportamiento del justo, desafía a Dios con la pregunta más aguda: ¿Es que Job teme a Dios de balde? (Job 1,10) Cualquiera de nosotros podría plantearse la misma pregunta si se encontrara con alguien al que le resulta fácil creer porque ha recibido mucho y no ha sido sometido a una prueba. Pero también debería tener el valor de preguntarse por el principal y verdadero motivo de su fe: ¿puedo, acaso, decir que mi fe es verdadera si lo que busco es que Dios me bendiga con bienes que me hagan feliz aquí en la tierra? O bien, ¿puedo decir que mi fe es madura si recurro a Dios sólo cuando algo malo me pasa para pedirle que venga urgente a ayudarme? Esto es lo que discuten Job y sus amigos a lo largo de los diálogos que ocupan la mayor parte de este libro sagrado. Los discursos de Elifaz, Bildad y Sofar exponen la teoría de la retribución y son

contestados, cada uno a su tiempo, por Job (Lavecque 1987: 15ss). Según estos tres amigos, Dios es justo porque nunca deja de “retribuir” a los que le son fieles; todo aquel que cumple su palabra recibe en esta vida la bendición divina que asegura que “nunca un justo ha sido abandonado”. Si hay alguno que haya recibido males en lugar de bienes, debe revisar su conducta porque seguramente hay razones (pecados) que explican la ausencia divina. Esta es la sabiduría de la tradición judía y la razón por la cual estos tres personajes insisten en culpar a Job, deslindando a Yahvé de todas las desgracias acaecidas en la vida de este pobre justo. Sin embargo, Job no se siente culpable del mal que padece; es consciente de su inocencia y, por eso, comienza a discutir con ellos sobre el bien y el mal.

En el capítulo 4, Elifaz comienza esta discusión criticando a Job, un hombre justo que conoce la sabiduría, que ha sido un buen consejero para los demás, pero que, extrañamente, ahora no recuerda lo que esa tradición sapiencial enseña:

“¡Recuerda! ¿Qué inocente jamás ha perecido? ¿Dónde han sido los justos extirpados? Así lo he visto: los que

labran maldad y siembran vejación, eso cosechan” (Job 4, 7-8).

Para la teoría de la retribución, cualquier desgracia que nos sucede en la vida (enfermedad, muerte, pérdidas, fracasos) es directamente un castigo divino, porque es absolutamente imposible que esto le suceda a un justo. De esta forma, si a alguno le acaece alguna de estas calamidades, tiene que revisar bien su conciencia, porque en algo le ha fallado a Dios. Elifaz sigue la forma de argumentar propia de la literatura sapiencial (se apoya en la experiencia que resulta infalible porque demuestra lo que Dios hace en nosotros), y en una revelación particular, al modo de las que recibían los patriarcas y profetas. Nunca he visto a un justo sucumbir ante el mal, dice, para apoyarse en lo que ha comprobado, por un lado; y por otro, afirma haber escuchado durante el sueño “una palabra al oído” de un Dios del que no logra ver su rostro, pero si oír su voz:

¿Es justo ante Dios algún mortal? ¿Ante su Hacedor es puro un hombre? Si no se fía de sus mismos servidores y aún a sus ángeles achaca desvarío! ¡Cuánto más a los que habitan casas de arcilla, ellas mismas hincadas en el polvo! Se les aplasta como a una polilla, de la noche

a la mañana quedan pulverizados. Para siempre perecen sin advertirlos nadie; se les arranca la cuerda de su tienda y mueren privados de sabiduría (Job 4, 17-21).

La teoría de la retribución no está del todo errada, porque si bien no podemos establecer una relación directa entre cualquiera de nuestros pecados y el mal que padecemos, podemos, sin embargo, en varias ocasiones encontrar un vínculo evidente. Como dijimos antes, hay pecados que tienen consecuencias dolorosas: pecados de ira o de soberbia que nos alejan de los demás; de gula que nos causan daño en el cuerpo o nos llevan a adicciones; deseos y pensamientos que se traducen en ansiedades y angustias que terminan en dolores físicos; y así muchas otras acciones de las que somos responsables. De allí que, desde esta perspectiva, sea correcto pensar en la debilidad de una naturaleza marcada por el pecado original, para recordar que estamos “hechos de barro”, como dice Elifaz, pues, como Adán, somos de este mundo impuro, a diferencia de Dios en el que no existe ninguna posibilidad para el mal o el pecado. Nosotros, nos recuerda este sabio, somos frágiles y contingentes, doblemente débiles; somos “los que habitan casas de arcilla”,

que pueden deshacerse, que no pueden ofrecernos un reparo seguro.

Entonces, continúa Elifaz, ¿quién puede reclamarle algo a Dios? Los seres impuros y frágiles no pueden exigirle nada al Dios Bueno y Justo, como lo sabemos por la tradición religiosa de Israel. Sólo un insensato podría pretender discutirle al Todopoderoso, y antes de eso, debería recordar siempre que los males que padece no bajan del cielo, sino que brotan de la tierra (Job 5,2-7). Elifaz insiste con esta idea de la impureza del hombre a lo largo de sus tres discursos, mostrando no sólo fidelidad a una tradición sapiencial, sino también una convicción que surge de la observación de la realidad. Muchos -no todos, pero muchos- de los males que nos hacen sufrir tienen su origen en la voluntad desviada de los seres humanos que no respetan la ley divina. De hecho, enseña Elifaz, los malvados o todo aquel que hace el mal ocasionalmente vive sometido a ansiedades y angustias que invaden su vida y de las que no puede escapar mientras está lejos de Yahvé. Si persiste en su error, su vida será estéril como la viña que da uvas agraces (Job 15, 17-35).

Por el contrario, reconocer la falta, asumir la responsabilidad, reconciliarse con Yahvé y cambiar la

conducta, pueden asegurarle al creyente que, a partir de entonces, comenzará a gozar de un tiempo de bienestar y felicidad. Es como un pastor sin escrúpulos utilizara todos los medios que tiene para convencer a sus fieles de que tienen que agrandar a Dios y de que cumpliendo su voluntad les espera un camino de lleno de luz:

Reconcílate con él y haz la paz: así tu dicha te será devuelta. Recibe de su boca la enseñanza, pon sus palabras en tu corazón. Si vuelves a Saddy con humildad, si alejas de tu tienda la injusticia, si tiras al polvo el oro, el Ofir a los guijarros del torrente. Saddy se te hará lingotes de oro y plata a montones para ti. Tendrás entonces en Saddy tus delicias y hacia Dios levantarás tu rostro. Él escuchará cuando le invoques, y podrás cumplir tus votos. Todo lo que emprendas te saldrá bien y por tus caminos brillará la luz (Job 22, 21-28).

Hay que reconocer que el discurso de Elifaz es bastante convincente, pero no por la razonabilidad de sus argumentos sino por la tentadora promesa que la acompaña. ¿A quién no le gustaría recibir lingotes de oro a montones de Dios? No podríamos comprar la felicidad, pero sí podríamos solucionar

algunos problemas. Para algunos, sería el argumento decisivo para creer, ¿quién puede negarse a un Dios que nos promete que todo lo que emprendamos nos saldrá bien? ¡Nadie! Pero Dios no promete eso. Su promesa es, en realidad, más grande y tentadora porque nos ilusiona con el Cielo, que es Él mismo; es decir, es vivir junto a Él, lo cual supone mucho más que un bienestar pasajero en una vida cambiante como la que tenemos aquí en la tierra. Si lo pensáramos bien y comparáramos, como hicieron los santos, deberíamos dejarlo todo por Él; pero nos presiona la urgencia de una felicidad rápida y las necesidades materiales que suelen angustiarnos. Por eso, aunque nos agrada la idea de creer en Dios, dejamos para más adelante las renunciaciones que nos pide.

Elifaz tiene buenas intenciones, quiere ver bien a su amigo. De hecho, ha venido de lejos para acompañarlo en este momento difícil, como hacen solo los verdaderos amigos; quiere, además, convencerlo de recomponer su amistad con Dios. La dificultad radica en que, para lograr su fin, cambia el orden de los bienes y, sin darse cuenta tal vez, cambia el sentido de la religión. Lo que antes era una fe a partir de la cual se descubría a Dios como el Bien más importante de la vida de una persona y el que tiene que ser elegido por encima

de todo, ahora es una fe subordinada a un bien inferior. Sigue siendo fe, pero una que pretende obtener primero los bienes temporales y luego los sobrenaturales. La cuestión es si esta religión del “do ut des” es la que quiere Dios o es, más bien, una forma disfrazada de amor propio (Alonso Schökel y Sicre Díaz 1983: 337). Más allá de que estos intereses se mezclen y nos cueste distinguirlos y aceptar que en la vida tenemos prioridades bien definidas, es imposible pensar que podamos conformar a Dios con una simulación de la verdadera fe. Dios conoce perfectamente nuestro interior, sabe de nuestros pensamientos y deseos, tal como lo muestra Jesús en varias ocasiones, adelantándose a sus interlocutores. Por eso, o buscamos a Dios por encima de todo como lo más importante de nuestra vida y le dedicamos un amor sincero, o sencillamente perdemos el tiempo.

Bildad, otro de los amigos de Job, quien ha venido de lejos a acompañarlo en su dolor, espera su turno para dar sus consejos de sabiduría. Elige bien el tema, pues le habla de la esperanza, de no desilusionarse en el momento de las dificultades, de que lo que nos sostiene es la confianza en Dios, porque si confiamos en Él, a pesar de la fragilidad de nuestra naturaleza, podemos sentirnos seguros. Job no puede

quejarse de su amigo, al menos no de entrada, porque sus primeros consejos son realmente sabios y oportunos. También nosotros deberíamos aconsejar así a nuestros amigos. Sin embargo, la esperanza de la cual le habla Bildad no es la que se confía en las manos de Dios y espera recibir de su misericordia lo que quiera darle, sino la confianza en que nos va a dar lo que nosotros le pidamos. La recuperación de los bienes que hemos perdido. Es una esperanza enfocada en una visión humana de la justicia que se comprende en el contexto de la teoría de la retribución.

Bildad quiere convencer a su amigo de arrepentirse y cambiar su conducta rebelde prometiéndole que, a cambio, recibirá una buena recompensa en esta vida. En esto consiste la sabiduría que lo inspira y la que parece no convencer a Job:

Tal es el fin de los que a Dios olvidan, así fenece la esperanza del impío. Su confianza es un hilo solamente, su seguridad una tela de araña. Se apoya en su morada, y no le aguanta, se agarra a ella y no resiste [...] No, Dios no rechaza al íntegro, ni da la mano a los malvados. La risa ha de llenar aún tu boca y tus labios el clamor de júbilo. Tus enemigos serán cubiertos de

vergüenza, y desaparecerá la tienda de los malos (Job 8, 13-15; 20-22).

Obviamente, como ya dijimos, no podemos aceptar la teoría de la retribución como una forma de ver y vivir la fe; no obstante ello, la importancia de la esperanza como energía espiritual necesaria para superar los momentos difíciles es realmente un principio de sabiduría. En realidad, lo sabemos todo por la experiencia de vida y por las reflexiones antropológicas que estudian el comportamiento del hombre ante el dolor. Sin esperanza de superación, el sufrimiento se hace insoportable, asfixiante. Lo que más nos mueve a superarnos es la ilusión de vencer ese dolor que oscurece nuestra vida.

El sufrimiento pone a prueba nuestra capacidad de confiar no en nosotros mismos, sino en Dios; y en muchas ocasiones (enfermedades, pérdidas, etc.), nos enseña a ser humildes y reconocer que somos seres débiles, que no podemos sentirnos seguros si sólo contamos con nuestra fuerza. En consecuencia, nos invita a buscar un fundamento más sólido para nuestra confianza: la Bondad de Dios. Ésta es la razón por la cual Dios permite que suframos, quiere poner a prueba nuestra confianza en Él.

Bildad va a insistir en las ventajas con las que podría contar Job si se decidiera a reconocer sus errores. Finalmente, el problema de los que sostienen la teoría de la retribución, es que terminan haciendo culpable a un individuo de los pecados que no ha cometido con tal de justificar el mal que padece. Por eso, Bildad acusa a su amigo de sentirse atrapado por Dios, como si estuviera dentro de una red que no lo deja salir. Estás así, le dice Bildad a Job, no porque Dios quiera tenerte atrapado, sino por tus propios pecados que te han metido en esa situación y no te dejan salir (Job 18,8).

Por último, en la misma perspectiva, Sofar va a tratar de convencer a Job para que reconozca sus faltas, se reconcilie con Dios y deje atrás sus desgracias:

Pero si tu corazón arreglas y tiendes tu palma hacia él, si alejas la iniquidad que hay en tu mano y no dejes que more en tus tiendas la injusticia, entonces alzarás tu frente limpia, te sentirás firme y sin temor. Dejarás tu infortunio en el olvido, como agua pasada la recordarás. Y más radiante que el mediodía surgirá tu existencia, como la mañana será la oscuridad. Vivirás seguro porque habrá esperanza aún después de confundido te acostarás tranquilo (Job 11, 13-18).

Los tres amigos coinciden, naturalmente, en la fundamentación de la teoría de la retribución, pero cada uno la presenta desde una perspectiva diferente (Alonso Schökel y Sicre Diaz 1983: 198). Sofar va a hacer hincapié en la sabiduría. No se pueden menospreciar los consejos de los sabios, no se puede olvidar que con la obediencia a Dios se superan todos los males y “el infortunio queda en el olvido”.

Para Elifaz, Bildad y Sofar, el drama que vive Job tiene una solución simple, porque para ellos, Job sólo tiene que reconocer sus faltas, pedir perdón y cumplir con lo que Dios le pide. El problema es que, a pesar de sus buenas intenciones y de su insistencia, no logran convencerlo no sólo porque lo obligan a pedir perdón por pecados que no cometió –a lo cual el justo se niega rotundamente–, sino también porque la relación con Dios no puede fundarse en la satisfacción de nuestros intereses.

Este cuestionamiento que hace Job de una “religión interesada” resulta una reflexión profunda sobre la verdadera naturaleza de la fe, la cual debería servirnos para examinar nuestra manera de vivirla. No alcanza con cumplir los mandamientos y los preceptos religiosos, pues la relación con Dios no es una relación formal y externa. Por el contrario, es

una relación de amistad en la que, a medida que lo conocemos más, descubrimos más profundamente su Amor y nos entregamos a los planes que Él tiene para nosotros. Amar a Dios para recibir beneficios temporales no es amarlo a Él, sino a nosotros mismos; es no comprender la manera en que Él nos ama.

2. La forma en que Dios nos ama

El problema que plantea el texto de Job es no sólo la dificultad real de aceptar que una religión interesada sea una expresión genuina de fe, sino también el inconveniente que se presenta al tratar de conciliar la idea de un Dios Bueno con el sufrimiento que podemos padecer en algún momento de la vida. Nos cuesta aceptar que Dios diga que nos ama y, sin embargo, nos deje sufrir. Es como si el dolor nos enfrentara con la imposibilidad de comprender a un Dios que piensa y ama de manera diferente a la nuestra; lo que para nosotros no parece ser amor es posible que para Dios lo sea.

El escritor inglés C.S. Lewis, en su libro *El problema del dolor* (1995), sostiene que el problema principal para comprender la Bondad divina ante el sufrimiento consiste en la concepción que nosotros tenemos del amor en Dios.

Pensamos que Dios nos ama solo con un amor de benevolencia en el cual sólo cabe todo aquello que nos puede producir un bienestar y del cual está excluido, naturalmente, toda experiencia dolorosa (41).

El amor de benevolencia es aquel que desea la felicidad para aquellos que ama y que, en consecuencia, rechaza todo aquello que se le opone. Dios nos ama así, quiere vernos felices; de hecho, para eso nos crea y pone en la naturaleza de nuestro ser el deseo de alcanzar esa felicidad. Es por eso que apetecemos conseguir bienes materiales y espirituales. Pero el amor con el que Dios nos ama no sólo desea nuestro bienestar, sino que pretende también nuestro perfeccionamiento, que nos desarrollemos como personas en todos los aspectos de nuestro ser y de manera especial en nuestra dimensión espiritual (Greshake 2008: 51).

De este modo, tal como afirma Lewis, el amor de Dios por nosotros no es un deseo vago de bienestar, como si deseara que no nos pase nada malo que pueda complicar nuestra vida aquí en la tierra. Eso sería una forma de amor superficial, que asimilaría la imagen de Dios a la de un abuelo que se alegra de ver a sus nietos entretenidos y felices y no quiere que nada interrumpa esa sensación de felicidad, sin

importarle si es verdadera, integral, espiritual y, sobre todo, sin preocuparse por el logro de la verdadera felicidad, que es para siempre.

Muchos tienen una idea distorsionada de Dios, dice Lewis, porque lo imaginan según criterios e intereses humanos. Son los que piensan que Dios existe para garantizarles todo lo bueno que desean y no quieren reconocer que no existe para nosotros, sino nosotros para Él. Por tanto, no puede estar al servicio de nuestros intereses y necesidades por dos motivos: en primer lugar, porque Él es Dios y no puede vivir para un ser inferior como nosotros; y en segundo lugar, porque también Él ha resuelto darnos una realización personal, que es mucho más grande que todos los bienes que podamos imaginar. Dios ha querido darnos la posibilidad de participar de su vida a través de la gracia aquí en la tierra y de vivir junto a Él en la vida eterna. Así, la paz completa del alma solo se logra cuando llegamos a compartir con Él y con los santos una vida perfecta sin dolor ni muerte. Y éste es el objetivo que Dios busca en todo lo que hace o deja que suceda en nuestra vida: llevarnos al Cielo. Para comenzar a comprender esta forma de amor, tenemos que entender, en primer lugar, que Dios siempre quiere lo mismo para nosotros:

que todo lo que hagamos y lo que nos suceda nos lleve a la Ciudad Celestial. Entonces, lo bueno no es lo que nos gusta, sino lo que nos hace bien para alcanzar ese fin, y lo malo no es lo que contraría nuestra voluntad de sentirnos bien, sino todo aquello que se convierte en obstáculo para alcanzar ese fin.

Dios, entonces, no piensa como nosotros. Su preocupación principal no es nuestro presente, sino nuestra vida futura, por eso, como dice Jean Danielou, el dolor, en definitiva, nos revela que Dios es un misterio (1970: 51). Él piensa como un Padre, explica Lewis, que quiere el bien para su hijo, aunque eso signifique algo negativo en un momento determinado. ¿No reta, acaso, un padre a un hijo para enseñarle a hacer el bien y a evitar el mal? Si no lo hiciera nunca, no sería un buen padre; asumiría la actitud cómoda de conformarse con evitar cualquier conflicto aunque eso implique una falta de educación y futuros errores en la vida. Dios es un buen Padre, por eso, nos exhorta, nos reprende y nos corrige (Lewis 1995: 46).

Como ya dijimos, el sufrimiento, al igual que toda experiencia del mal, no es un capricho absurdo del destino, sino que se explica por la misma naturaleza humana, por su fragilidad física y moral. Esto, a pesar de ser visto como un

obstáculo para nuestra realización, podría tener un sentido positivo si somos conscientes de que el Dios que guía nuestra vida lo permite porque puede transformar algo malo en algo bueno, demostrando así su omnipotencia. Dios no quiere nuestras enfermedades; son inevitables porque nuestro organismo no es perfecto. No impide esos padecimientos porque sabe que, con una visión de fe, podemos crecer en humildad y compasión hacia los demás. Mucho menos quiere Dios nuestros pecados y vicios, sin embargo, eso que por un tiempo nos aleja de Él, podría luego convertirse en un camino de acercamiento si nos dejamos perdonar y liberar por su misericordia.

Como dice Lewis, Dios es un Padre Bueno que no se contenta con que la pasemos bien mientras dura esta vida. Él quiere nuestra realización, por eso, permite un sufrimiento pasajero que, asumido con espíritu cristiano, puede convertirse en un crecimiento espiritual para la persona. Dios nos quiere no sólo con un amor benevolente, sino con este amor perfecto que quiere el mejor bien para su hijo. Por esta razón, permite –solo permite– que tengamos que padecer el mal. Aceptar el dolor es un problema espiritual si por amor divino entendemos una preocupación desinteresada por

nuestra verdadera realización y si pensamos que somos el centro del universo, que todo, Dios incluido, existe para nosotros (1995: 49). Nos cuesta comprender que el amor de Dios permita el mal, porque posee una forma muy diferente a la nuestra. Dios ama, efectivamente, todas las cosas, ellas no existirían si la Voluntad divina no hubiese decidido crearlas y conservarlas en su ser. Por lo tanto, el solo hecho de existir es ya la primera manifestación del amor de Dios. De un Dios que no necesita nada de nosotros y que, sin embargo, nos crea. El amor de Dios es anterior a cualquier acto de amor de parte nuestra, incluso anterior a nuestra existencia misma; si existimos es porque Él nos quiso. Por lo tanto, no podemos pensar en una relación de amor con Él como si fuera otro ser humano, con el cual nosotros podemos cumplir obedeciendo por interés.

Todo lo que somos y tenemos se lo debemos gratuitamente a Él. Ésta es la primera razón por la cual resulta imposible plantear una religión interesada como la que propone la teoría de la retribución y a la que Job refuta con su libro. ¿Puedo, acaso, convencer a Dios que me ha dado todo, hasta mi ser, con actos de amor que no buscan otra cosa sino mi propio bien? Un amor gratuito no puede ser correspondido

sino con generosidad y desinterés. Cualquier otro planteo de relación es simplemente rechazar una verdadera relación de amistad y pretender tener una relación de intercambio comercial con alguien que no necesita nada de nosotros y nos ha dado todo.

Esta gratuidad y desinterés del amor divino que nos exige una forma de amor verdadero es aún mayor si recordamos que Dios no nos ama por el talento o la virtud que tengamos, sino que esas capacidades para el bien tienen su origen en Él. Dios, a diferencia del hombre, no ama el bien existente, sino que lo crea, lo infunde en las creaturas por un amor completamente desinteresado, en el sentido más radical de la expresión (Suma Teológica, I, 20, 2).

Por lo tanto, el que cree y ama verdaderamente a Dios sabe que cuenta con su protección paternal en esta vida, lo cual no significa que garantizará su bienestar. La identificación de la bendición divina con el éxito temporal es una antigua y siempre nueva forma de desnaturalización de la vivencia religiosa, por un lado, porque se apoya falsamente en una vida virtuosa de la cual pretende ser causa, olvidando que todo el bien que tiene y hace, sobre todo en el orden sobrenatural, tiene su causa en Dios. En todo caso debería estar agradecido

con Dios por todo lo que recibió antes que reclamar por más. Por otro lado, porque pretende recibir aquello que a Dios no le interesa dar: bienestar y bienes. Finalmente, porque con esa actitud está despreciando lo que Dios quiere darle, que es la participación en su vida aquí en la tierra y luego en la vida eterna.

Es como si en el fondo no hubiésemos escuchado bien a Dios o hubiésemos estado hablándonos a nosotros mismos. Como un diálogo sordo entre dos amigos que no se escuchan porque se hablan a sí mismos todo el tiempo, nuestra mente, nuestros deseos y urgencias a veces nos aturden y no nos dejan comprender que Dios en su Bondad ha querido darse a Sí mismo, el Bien más grande, tal como lo expresa la Revelación. Esto no significa que no pueda pedirle que me ayude ante las dificultades de la vida, pues está muy bien que, en el momento de la necesidad, no sólo busque ayudas humanas sino que me ponga de rodillas ante Él para suplicarle. De hecho, los creyentes tenemos la experiencia de haber recurrido a Él, a la Virgen o a alguno de los santos y de haber recibido su ayuda. El problema se plantea cuando mi fe sólo se manifiesta en la adversidad o necesidad, como ocurre con algunos que se acuerdan de Dios sólo en esos momentos

de la vida. Esta deformación de la religión no es un peligro al que están expuestos algunos pocos que, de vez en cuando, se acercan a un templo a pedir cosas, sino que es una tentación a la que estamos siempre expuestos todos.

Hay dos grandes amores en la vida, como dice San Agustín: el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios y el amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo. El primero es más fuerte de lo que habitualmente pensamos, no se percibe tan claramente, pero tiene un increíble poder para dirigir nuestra alma hacia nosotros mismos. Por eso, tenemos tantos problemas en las relaciones con los demás, pues cuanto más egoísta somos, cuanto más nos concentramos en nuestros intereses y en nuestra propia realización, más nos cuesta, formar y mantener una familia o una comunidad. El verdadero amor supone el esfuerzo de salir de uno mismo, de dejar de buscarme en todo lo que hago y pensar en el bien de otro.

Esto se aplica también a la relación con Dios. En una fe interesada, soy yo el que le digo a Dios cuáles son los bienes que espero recibir, es decir, que le digo cómo tiene que manifestar su amor si realmente me ama. Y de este modo, sólo me preocupo por el presente y por lo que siento aquí y ahora; sólo deseo y busco eso. Mis aspiraciones parecen

enfocarse sólo en esta vida y ésta es una de las razones por la que me cuesta tanto entender a un Dios que mira no sólo la totalidad de mi vida, sino el sentido de mi existencia terrenal en orden a la vida eterna. Es la dificultad de un alma que, habiendo sido creada para la inmortalidad, se encierra voluntaria e incompresiblemente en el tiempo.

En definitiva, todo lo que Dios quiere darnos es para ir al Cielo. Si comprendemos esto, seguramente podremos sobrellevar mejor nuestros sufrimientos. Debemos volver sobre algunos pasajes de la vida de Jesús para ver con más claridad esta distancia entre nuestros deseos y los de Dios. Por ejemplo, la mujer samaritana que Jesús encuentra junto al pozo no entiende bien sus palabras y se entusiasma con la idea de encontrar una fuente de la que siempre salga agua y que esté a su alcance, cuando Dios le estaba ofreciendo el agua que da la Vida eterna, es decir, la gracia (Jn 4,5-42). A los que salen en barcas hasta Cafarnaúm buscando a Jesús porque habían quedado fascinados con la multiplicación de los panes y los peces y el hecho de que les deba de comer sin tener que trabajar, Él los trata con dureza. Ustedes, les dice, no me buscan porque hayan visto “señales” –es decir, no porque el milagro de los panes les haya llevado a la fe, a

descubrir quién soy—, sino porque quieren el alimento que perece. Entonces, Jesús les habla de otro pan, el Pan de Vida eterna, del cual aquél solo fue una figura, como el maná que recibió Israel en el desierto. Este Pan no perece porque es el Cuerpo de Cristo, que da vida eterna a aquellos que así alimentan el alma (Jn 1, 1-66). Otro ejemplo es el de Marta y María que, desesperadas y en tono de reclamo (como podríamos hablarle nosotros en una situación similar), le dicen a Jesús: si hubieras estado aquí, mi hermano Lázaro no habría muerto; Él les responde que resucitará, que vivirá una vida mejor junto a Dios, pero para que vean que eso es posible, manda al muerto a salir de su tumba (Jn 11,1-43). Cuando ellas piden vida para Lázaro, una vida que algunos años después indefectiblemente se terminará, Jesús les habla de la Vida eterna. Cuando nosotros le pedimos que nos ayude y nos enojamos si no lo hace, Él sigue pensando y ofreciendo lo que no vemos, lo que no perece.

Dios piensa diferente de nosotros, por eso es difícil comprenderlo; más aún cuando nos preguntamos por sus planes en medio del sufrimiento, cuando nos cuesta comprender que permita nuestro sufrimiento. Sin embargo, si confiáramos en que Él es un Padre Bueno, que quiere siempre

nuestro bien, y aceptáramos que no podemos comprender, de manera perfecta, qué sentido tiene el dolor en nuestra vida, en eso que nos quita la felicidad por un tiempo, podríamos advertir la promesa de una felicidad que no vemos pero que confiamos nos sea cumplida al final, en el Cielo.

CAPÍTULO 3

HABLAR DIRECTAMENTE CON DIOS

1. Job quiere hablar con Dios, no con sus amigos

La experiencia del sufrimiento nos genera, en muchas ocasiones, un conflicto con Dios, porque los que creemos sabemos que Él gobierna toda nuestra vida según los planes de su Providencia y nos cuesta comprender que allí tenga lugar el mal. Esto sucede con Job, a pesar de que gran parte de su obra está dedicada a la confrontación con sus amigos, los defensores de la teoría de la retribución, Job es consciente que su problema en el fondo no es su diferencia con ellos, sino su enfrentamiento personal con Dios.

Job, en efecto, cambia radicalmente su actitud ante Yahvé, pues de ser un justo y piadoso creyente del cual Dios se sentía orgulloso, pasa a presentarse ante él para reclamarle por las “injusticias” que padece. El justo no comprende las decisiones que ha tomado este Dios Bueno y ha decidido pedirle explicaciones (Grygiel 1995: 17). Job quiere saber cómo es posible que su vida haya pasado de la plenitud del bienestar a la miseria de la pobreza, la enfermedad y la soledad si él no ha cometido ningún delito por el que merezca ser castigado. De este modo, Job pretende comprender su

desgracia, tal como nos sucede a nosotros cuando nos preguntamos lo mismo que él: ¿por qué tengo que sufrir esto? Y, seguro de su inocencia, reclama por lo que considera su derecho: ser escuchado, tener la posibilidad de defenderse y escuchar las “razones divinas”. Pero, ¿Job tiene derecho a pedirle explicaciones a Dios? ¿Podemos nosotros, acaso, pedirle que nos muestre las razones por las cuales permite que padezcamos un mal?

La respuesta no es sencilla. Hay que aclarar previamente en qué consiste ese “reclamo”, es decir, si se trata de un simple y llano rechazo de Dios y de su forma de amarnos; o bien, si en realidad lo que se busca es un tener un diálogo en el cual poder hacer el proceso de aceptar el dolor y superarlo. Estas dos actitudes diferentes son las que parecen no distinguir los amigos de Job que se preocupan sólo por defender la Bondad y Justicia divina sin pensar en el tiempo y maduración espiritual que necesita una persona para comprender “algo” de las decisiones de Dios. Para Elifaz, Bildad y Sofar la rebeldía de su amigo Job es incomprensible. Les parece inaceptable su pretensión de “discutir” personalmente con Dios, sin ningún tipo de intermediarios. Piensan que el justo ha perdido su sabiduría y se deja llevar

por la soberbia pretendiendo tener derecho a exigir justificaciones. El dolor se ve de una determinada manera desde adentro, y de otra muy distinta, desde afuera (Kaiser y Mathys, 74).

Job a esta altura ya no quiere hablar más con sus amigos, está cansado de oír una y otra vez unos consejos, que están teñidos de sabiduría humana, pero que no se inspiran en la verdadera sabiduría divina. El sufrimiento y la falta de respuestas a las preguntas que éste genera han llevado a Job a una “crisis espiritual” que sólo puede resolverse directamente con Dios. Por eso, les pide a sus amigos que lo dejen en paz, pues ya no quiere escucharlos. Quiere comparecer ante la presencia divina; sueña con ser escuchado por Dios, aunque Él conozca su vida; quiere contarle de sus obras de bien, del amor por sus hijos y su familia, de la caridad con la que asistió a tantos pobres y de su confianza absoluta en Él. ¿Algo nuevo para Dios? ¡No! Es más una necesidad de desahogo del alma de que sufre que una “rendición de cuentas”.

Job quiere librarse de los que son más un obstáculo que una ayuda y lo hace mostrando todo su fastidio e inteligencia:

En verdad, vosotros sois el pueblo, con vosotros la Sabiduría morirá. Yo también sé pensar como vosotros, no os cedo en nada: ¿a quién se le ocultan esas cosas? La irrisión de su amigo eso soy yo, cuando grito hacia Dios para obtener respuesta. ¡Irrisión es el justo perfecto! ¡Al infortunio el desprecio! -opinan los dichosos-. Un golpe más a quién vacila. Mientras viven en paz las tiendas de los salteadores, en plena seguridad los que irritan a Dios, los que meten a Dios en su puño! (Job 12,2-6)

Al autor de esta obra hay que reconocerle un talento extraordinario porque no sólo rechaza la falsa sabiduría que se inspira en la teoría de la retribución, sino que lo hace con una ironía muy inteligente y audaz: “con vosotros morirá la sabiduría”. En realidad, con esta frase les está echando en cara la soberbia que los inspira. Ellos, como todos los que piensan que hay que cumplir con Dios para que les vaya bien en la vida y no para obedecer de corazón a su voluntad, se creen sabios, se sienten orgullosos de sus éxitos y menosprecian a los demás. Se sienten bendecidos y se comparan con el resto. Ellos son los que creen que a Dios lo pueden “comprar” con un culto externo y formal, son los que pretenden “meter a Dios en su puño” (Chesterton 1970: 195).

Job desnuda la fe de los que procuran sus propios intereses y no los de Dios. A decir verdad, no son sabios; se creen tales, se comportan como tales, pero su misma actitud los delata. El verdadero sabio no es soberbio, no se cree superior a los otros, no pretende “dar cátedra” de cómo obtener éxitos en esta vida. Por el contrario, el que conoce la sabiduría divina es humilde, sabe de sus limitaciones, no menosprecia a los pobres y débiles y sobre todo, busca a Dios por encima de todo, incluso de sus propios proyectos y deseos de bienestar.

Job, además, cuestiona otros de los argumentos que exponen no sólo sus amigos, sino todos aquellos que buscan solo la realización temporal. El bienestar y el poder no te dan la razón. El hecho de tener que padecer algunas formas de pobreza no significa que estés equivocado. El mundo rinde culto al éxito y pone como ejemplo a las personas que triunfan en un sentido económico, o que logran la fama o el poder, pero eso no significa que sus vidas se inspiren en la sabiduría ni que sean dignos de ser imitados. Ustedes, les dice Job –y podría decírselo a muchos–, nos desprecian y piensan que somos necios, pero lo cierto es que buscamos una felicidad diferente. La crítica de Job es aún más aguda de lo que parece

en primera instancia, porque no sólo refuta la teoría de la retribución, sino también el culto al éxito temporal, un vicio de muchas de las “sabidurías” tanto antiguas como actuales, que pretenden conquistar la mente y el corazón de muchos. Rendirle culto al éxito, al punto de pensar que la vida vale la pena si se consiguen “cosas” importantes, es una de los obstáculos más importantes que tenemos a la hora de comprender el valor positivo que puede tener la experiencia del mal.

Vivimos inmersos en una sociedad exitista en la que el dolor carece de un sentido profundamente humano, porque se lo evita de todas las formas posible con los avances científicos, o bien, porque se lo banaliza en el uso comercial y mediático. Por este motivo, nos cuesta tanto asumir algunas limitaciones que nos impone nuestra débil naturaleza humana con la misma naturalidad con que asumimos todo lo que le es propio. Para ello, Job nos enseña a pensar el sufrimiento desde una verdadera sabiduría religiosa y a distinguarnos de aquéllos que únicamente se buscan a sí mismos. Así se explica que ya no tenga ganas de escuchar a sus amigos y que los enfrente con valentía, como tal vez, nosotros deberíamos animarnos a hablarle a Dios:

Pero es a Saddy a quién yo hablo, a Dios quiero hacer mis réplicas [...] ¡Dejad de hablarme, porque voy a hablar yo, venga lo que viniere! Tomo mi carne entre mis dientes, pongo mi alma entre mis manos. Él me puede matar: no tengo otra esperanza que defender mi conducta ante su faz. Y esto mismo será mi salvación pues un impío no comparece en su presencia (Job 13, 3.13-16).

El texto es realmente admirable, porque deja traslucir todo el coraje de un hombre al que el dolor no ha logrado vencer del todo. A pesar de su angustia, Job está aún de pie y así quiere presentarse ante Dios, sin importar lo que pueda suceder. Confía en su inocencia, pero también en la Bondad divina y es la razón por la que apela a ella. Sus palabras dejan entrever que, además de su propio cansancio, está agotado del discurso ortodoxo y estéril de los amigos que no lo comprenden. Ya no quiere escuchar otra apología de una fe interesada ni recibir nuevamente acusaciones falsas de impureza. El sufrimiento y las falsas sabidurías lo han llevado hasta el límite de sus posibilidades humanas y allí, en la cornisa, se da cuenta, como nos sucede también a nosotros en situaciones críticas, que finalmente estamos solos ante Dios y

que no nos queda otro recurso que vivir la fe a fondo, presentarnos en la oración tal como somos y pedir, como este justo, escuchar y ser escuchado.

El estado espiritual de Job y su pedido son perfectamente comprensibles, porque en determinado momento, el dolor no se supera con discusiones o razones, sino con la compañía amorosa de un Dios Bueno y con la entrega a una voluntad difícil de comprender, pero que sabemos que no puede querer nunca el mal para nosotros. Este pedido desesperado –hay que reconocerlo también– es consecuencia de la situación espiritual en la que se encuentra Job. Se atreve a “enfrentar” a Dios, porque ha sido despojado de todo, ya no tiene nada que perder, tampoco espera recibir algo a cambio (Kaiser y Mathys 2015: 66). Está, podríamos decir, en un estado perfecto para presentarse ante Dios. Las pérdidas y las frustraciones tienen no sólo en él sino también en todos nosotros, la capacidad de liberarnos de todos esos apegos que tenemos a las cosas, a las personas y a nuestra propia voluntad. Es por eso que poseen también la virtud de dejarnos en la mejor situación espiritual para presentarnos ante Dios. Desnudos de todo y, como dice él muy bellamente, “con el alma entre las manos”.

Job, sin embargo, no se ha vuelto loco, ni está confundido. Su valentía no es temeridad; sabe perfectamente que está hablando con Dios y que su diálogo no es de igual a igual, por eso, pide clemencia. Está ante la presencia del Todopoderoso, no deja de sentir temor, sabe que es nada ante Él, se siente como una “hoja agitada por el viento”. Suplica a Dios que lo escuche y que no se enoje con él:

Sólo dos cosas te pido que me ahorres, y no me esconderé de tu presencia: que retires tu mano que pesa sobre mí, y no me espante tu terror. Arguye tu y yo responderé: o bien yo hablaré y tú contestarás. ¿Cuántas son mis faltas y pecados? ¡Mi delito, mi pecado, házmelos saber! ¿Por qué tu rostro ocultas y me tienes por enemigo tuyo? ¿Quieres asustar a una hoja que se lleva el viento, perseguir una paja seca? (Job 13, 20-2).

Este pedido de audiencia que Job le hace a Dios pone de manifiesto dos sentimientos que, podríamos decir, inspiran su decisión: por un lado, una rebeldía que no es una reacción adolescente y ciega, sino un intento por comprender una justicia divina que, según su parecer, lo ha perjudicado sin razones. Las razones no existen porque Job no encuentra en

su conciencia pecados por los que deba recibir un castigo según la teoría de la retribución. Su situación actual reclama, entonces, una explicación que él pide en términos legales. Job exige una disputa legal, porque quiere escuchar esas razones y también tener la oportunidad para presentar su defensa: “Arguye tú y yo responderé: o bien yo hablaré y tú contestarás”. No tiene faltas y eso lo hace presentarse seguro de reclamar lo que está en su derecho: ser escuchado.

Pero, por otra parte, este pedido no habla de un hombre que, ennegrecido por el orgullo, haya perdido conciencia de lo que en realidad es ante Dios. Es consciente de que es un ser pequeño expuesto a la voluntad (soplo) de su Creador, por lo cual en ningún momento se atreve a negar que Dios es su Padre. En realidad, a lo largo de toda la obra, Job aparece como el Hijo que busca permanentemente a su Padre, porque sin Él se siente solo en el mundo (Kaiser y Mathys 2015: 22). Por eso, podríamos preguntarnos si sus amigos tienen motivos reales para acusarlo, como lo hacen, de no tener conciencia de que no es más que un hombre, un ser limitado que estaría desafiando a Dios por pedirle audiencia.

Sin embargo, las razones del pedido de Job no terminan en la injusticia que Dios cometería con él. Como

todo aquél que pasa por una situación dolorosa, también él mira por un momento a los que lo rodean y se da cuenta de que la injusticia no se refiere a él solamente, sino que mirando el mundo, encuentra una razón más para sufrir. Como nos sucede a nosotros en determinados momentos de la vida, él sufre porque ve triunfar a los malos:

¿Por qué siguen viviendo los malvados, envejecen y aún crecen en poder? Su descendencia ante ellos se afianza, sus vástagos se afirman a su vista. En paz su casas, nada temen, la vara de Dios no cae sobre ellos [...] Acaban su vida en la ventura, en paz descienden al Seol (Job 21, 7-9.13).

La tristeza que nos causa ver el poder destructivo del mal en el mundo debería ser también una ocasión que nos lleve a acercarnos a Dios. Como Job, que quiere presentar sus quejas ante Él, también nosotros deberíamos llevarle nuestros “reclamos” en la oración, con el agregado de que, si está bien hecha, es decir, si es verdadera escucha de su Palabra, nos enseñará a mirar el mundo y nuestra vida de otra manera, tal como lo mira Él. Nos ayuda a comprender que Dios debe juzgar a los que hacen el mal y que ese juicio es el que define la victoria final de los que hicieron el bien y soportaron con

paciencia el mal en esta vida, pues Él es el único que tiene las respuestas a las preguntas que surgen a partir de una experiencia dolorosa (Alons Schökel y Sicre Díaz 1983: 323).

Por eso, aunque su pedido de ser escuchado directamente por Dios pueda parecer, en principio, una irreverencia, la actitud de Job es acertada. Nadie puede ocupar el lugar de Dios; nada puede reemplazar la oración cuando el alma necesita desahogar su angustia. Este ejemplo de Job es también el ejemplo que nos dan los profetas: aunque uno tenga ganas de reclamarle a Dios por el triunfo aparente o momentáneo del mal, nunca debe dejar de hablar con Él. Por ejemplo, Jeremías se pregunta: “¿por qué prosperan los malvados?” (Jr 12,2). El Salmista confiesa que llega a sentir envidia de la prosperidad de los malos (Sal 73,3); mientras que el profeta Habacuc se queja de ver triunfar la injusticia (Hab 1,2-4).

Job aprovecha muy inteligentemente esta oportunidad de hablarle directamente al Creador para quejarse no sólo por los que hacen el mal, sino también de los que hacen el bien, pero de manera interesada, no por amor:

“Y con todo a Dios decían: `¡Lejos de nosotros, no queremos conocer tus caminos! ¿Qué es Saddy para que le sirvamos, qué podemos ganar con aplacarle?”
(Job 21,14-15).

Los que cumplen contigo, esos que después se creen con derecho a presentarse como tus defensores, le dice Job a Dios, éstos son los que te buscan con el único objetivo de “ganar” algo. ¿Acaso se puede decir que con el cumplimiento externo de la ley sea suficiente para ser un buen creyente? He aquí la brillante respuesta de Job al desafío con el que el Satán convence a Dios de ponerlo a prueba. Dios estaba orgulloso de la bondad y justicia de Job, pero el Adversario pone en duda las verdaderas intenciones de este justo: ¿acaso su fe es desinteresada? Ahora Job, asumiendo su defensa, le dice a Dios: los que te buscan por interés son todos éstos que creen en Ti porque esperan recibir bienes a cambio; aunque cumplan con los preceptos, desean recibir estas “bendiciones”.

¿Cómo habrá recibido Dios una respuesta tan brillante? ¿Se enoja si le hablamos con franqueza e inteligencia? ¿Dejaría Él de hablarnos y escucharnos porque, en medio del dolor, nos expresamos con libertad y le decimos

todo lo que pensamos para escuchar también todo lo que tiene para decirnos?

Todavía mi queja es una rebelión; su mano pesa sobre mi gemido. ¡Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada ¡Un proceso abriría delante de él, llenaría mi boca de argumentos! Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera. ¿Precisaría gran fuerza para disputar conmigo? No, tan sólo tendría que prestarme atención. Reconocería en su adversario aun hombre recto, y yo me libraría de mi juez para siempre (Job 23,1-7).

La rebeldía de Job es comprensible, ¿quién puede permanecer indiferente ante el sufrimiento? Su deseo de discutir con Dios, también es entendible, ¿quién no tiene ganas de reclamarle cuando nos pone a prueba con el dolor? Todo el que sufre siente una punción que le hiere el alma, por eso, es comprensible que, en medio de una crisis espiritual, el diálogo con Dios no refleje la calma de otros momentos, sino el peso de la angustia. Él nos conoce por dentro y comprende perfectamente la necesidad de desahogo; por ello, seguramente valora, por encima de todo, la actitud de aquel que, como Job, nunca deja de confiar en su bondad y espera en ella siempre. Para superar el sufrimiento, hay que recurrir a

la oración, porque sólo Dios puede darle sentido a nuestra vida. ¡Sin Él, estamos solos! ¡Completamente solos!

2. La oración en el momento del dolor

Para vencer la tristeza que nos deja un dolor importante en la vida, es imprescindible hallarle un sentido, es decir, encontrar alguna explicación a su origen, pero sobre todo, al valor positivo que puede llegar a tener en nuestra vida. Es una tarea espiritual ardua, porque percibimos precisamente lo contrario, que tenemos experiencia del mal y de su capacidad de complicarnos la vida.

Ese proceso interior de interpretación del dolor consiste esencialmente en la aceptación de nuestros límites y en la búsqueda de los “bienes” que esa vivencia del mal pueda dejarnos. Para esto, podemos valernos de diferentes medios que quizá tengamos a mano, como la humildad, la compañía de los seres queridos, las explicaciones de los médicos, etc., pero también y ante todo, de la oración. Si por oración entendemos un diálogo profundo y honesto de amigos con Dios, a quien escuchamos en primer lugar para luego abrirle nuestra alma y nuestra vida, entonces podemos comprender el valor irremplazable que ésta tiene en ese proceso espiritual.

La oración no es una repetición mecánica de fórmulas establecidas seguida de una lista de pedidos que le hacemos a Dios. Ésta es una forma de rezar válida, sobre todo cuanto tenemos que pedirle ayuda a Dios; pero no es la única ni la más importante.

El diálogo con Dios no es otra cosa sino una expresión de amor, todo el que ama a alguien quiere estar con él, mirarlo, escucharlo, hablarle. Lo mismo nos pasa con Dios. Así como podemos decir que alguno quiere realmente a un amigo o a un familiar si le dedica tiempo y no si lo declama con las palabras pero se excusa siempre en la falta de tiempo, de la misma manera el que quiere estar con Dios y deja las otras cosas para estar con Él, ése es el que lo ama de verdad.

La vida espiritual no es una reflexión teológica sobre la vida espiritual sino el tiempo que pasamos con Dios. Por las plegarias, el alma se dirige a Dios para alabarlo, adorarlo, darle gracias y pedirle perdón. Es expresión de la conciencia de estar en la presencia de Dios para rendirle culto, para reconocer en palabras concretas que Él es el único Señor de nuestra vida a quien le debemos todo lo que tenemos y lo que somos. Hablar con Dios es la mejor manera de desahogar nuestra alma angustiada por el sufrimiento. Sabemos que Él

siempre nos escucha, que comprende nuestro padecimiento, porque Jesús se dedicaba a escuchar y curar a los enfermos y pecadores. Creemos en un Dios Bueno y misericordioso. Por eso, no deberíamos dejar que las angustias se acumulen y se instalen en nuestra alma. Necesitamos contarle nuestras penas para que salgan, para que el alma se sane, para que su gracia nos renueve la esperanza de vencer el mal.

Además, la oración tiene la capacidad de enseñarnos a ver las cosas que nos pasan desde Dios y no quedarnos solo con nuestros razonamientos o con los consejos de algunos amigos. Si nuestra plegaria es primero escucha de su Palabra, entonces poco a poco cambiamos nuestra manera de pensar y lo que antes nos parecía una injusticia comienza a tener otro sentido. Dios piensa, en efecto, de una manera diferente: mira en primer lugar, la vida eterna, y en función de ella, mide nuestra vida aquí en la tierra. Con la meditación de su Palabra, nosotros aprendemos a mirar nuestra vida del mismo modo, especialmente aquello que nos hace sufrir. Comprendemos que Dios tiene un plan para llevarnos al Cielo y que, en ese plan, la Cruz tiene un valor salvífico a partir de la Pasión de Cristo.

Para el cristiano, el camino que lleva a la felicidad pasa por la cruz, por la Cruz de Cristo y por las cruces que le tocan cargar en esta vida, de acuerdo con el plan divino. Por eso, el modelo a imitar es siempre la obediencia fiel del Hijo a la voluntad del Padre. En este sentido, la oración más perfecta es la de Cristo en el huerto de Getsemaní. Allí el dolor más grande se hace gotas de sangre y se entrega voluntariamente a la voluntad del Padre. Cuando nos toca padecer un gran dolor, al igual que Cristo, tenemos que ofrecernos completamente a Dios. Deberíamos, en esas ocasiones, recordar lo que pide Jesús a sus discípulos: oren para tener la fuerza espiritual necesaria para superar la prueba (Lc 21,36).

Jesús hace esta oblación perfecta de sí mismo en el momento de mayor angustia, porque a lo largo de su vida, la oración ocupó un lugar importante al mantener una conversación frecuente con su Padre. Luego de predicar, se retiraba al monte para estar a solas con Él (Lc 14,23) y amaba tanto estos momentos que no le importaba dejar a los que lo buscaban para alejarse a rezar (Mc 1,36).

Como lo enseña Jesús con su palabra y con su vida, la oración es el tiempo dedicado exclusivamente a Dios, en el que no hacen falta intermediarios, porque el alma necesita

del diálogo directo con su Padre. Y es justamente esto lo que Job reclama en este hermoso libro, cansado ya de los discursos teóricos de sus amigos. Nada expresa mejor el sentido de este diálogo que el hecho de que Jesús nos haya enseñado a llamarlo “Padre”, para que comprendamos que esta “conversación” no puede ser formal y distante, sino cercana y confiada (Mt 6,9-13). Jesús nos enseña que, en los momentos difíciles, es cuando más tenemos que confiar en Dios, en el poder de la oración:

Tened fe en Dios. Yo os aseguro que quien diga a este monte: “Quítate y arrójate al mar” y no vacile en su corazón sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis (Mc 11,22-25).

La verdadera oración, por otra parte, no es pedirle a Dios que haga lo que le pedimos, sino someter nuestra voluntad a sus designios. Por eso, podemos y debemos pedir que nos libere del sufrimiento, pero sobre todo, tenemos que pedirle que se cumpla Su voluntad en nuestra vida y que nos dé las gracias para aceptarla. Pues, en algunas ocasiones, pensamos erróneamente que nuestra oración es estéril por no

comprender que Su voluntad es que todo aquello que nos sucede sirva para llegar al Cielo.

Tendríamos que aprender a rezar con la Biblia, con los Salmos, para decirle en medio de la angustia que confiamos en Él, que Él es nuestro Pastor, el bastón en el que nos apoyamos cuando pasamos por momentos oscuros (Sal 22); y que toda nuestra esperanza está puesta en Él porque sabemos que no nos abandona nunca (Sal 38). Eso es lo que nos enseña el rebelde Job: buscar en la oración el desahogo, la fuerza espiritual y el sentido de nuestro sufrimiento.

CAPÍTULO 4

LA VIDA TIENE UN LÍMITE

El sufrimiento es siempre una experiencia del límite, porque una enfermedad, una injusticia o un fracaso nos llevan inevitablemente a darnos cuenta de que las posibilidades de realización en esta vida son acotadas, que no podremos cumplir de manera perfecta todos nuestros sueños. De allí que la mejor forma de superar una crisis producida por un sufrimiento importante consista en cambiar nuestras expectativas por algunos objetivos más concretos que tengan en cuenta una mirada sapiencial de nuestras posibilidades reales. Sin embargo, no sólo nos encontramos con limitaciones a nuestros deseos de realización existencial, sino que también, en algunas ocasiones, nos planteamos el problema del límite final de la vida. Esto mismo es lo que le pasa a Job a medida que pasa el tiempo, pues no encuentra una solución a sus desgracias y comienza a pensar en que toda esta triste historia que le toca vivir finalmente acabará con su vida, de modo que la única solución a su angustia ya no se dará aquí, en esta vida, sino en la otra.

El problema es que en el momento en que se escribe este libro no había una idea clara de cómo continúa la vida

después de la muerte. La idea escatológica sobre el Cielo, el Infierno y el Juicio divino son posteriores. A pesar de esto, el autor inspirado por Dios plantea en un texto misterioso la confianza en que, después de esta vida, Dios lo restituirá en la felicidad y plenitud por obra de un Salvador. Esta “intuición” teológica se cumple de manera impensada en la obra que realiza Cristo en la tierra. Su pasión y muerte se convierten en la causa de la salvación de los hombres y, en consecuencia, en el camino para superar no sólo los sufrimientos en esta vida, sino para esperar, con fundamento, una solución definitiva al dolor y la muerte. Por eso, la lectura e interpretación del libro de Job puede enseñarnos sobre la necesidad de tener una mirada de sabiduría sobre nuestro paso por este mundo, reconocer que la vida tiene un límite y que, como el justo Job, necesitamos que un Salvador nos rescate de la muerte eterna.

1. La brevedad de la vida

Las enseñanzas sapienciales pueden parecernos demasiados elementales a veces, sin embargo, cada tanto necesitamos pensar nuevamente nuestra vida a partir de estas perspectivas que nos conectan con lo verdaderamente esencial y nos sirven como luces que nos ayudan a mantenernos en el camino correcto.

Job sabía que la vida se iba a terminar en algún momento, como lo sabemos nosotros; pero sólo comienza a pensar realmente en que ese fin puede estar cerca cuando se siente vencido por el dolor, como también nos sucede a los que vivimos inmersos en las preocupaciones cotidianas, sin tiempo para pensar en lo fundamental. El sufrimiento tiene el poder de modificar nuestra forma de percibir el mundo, porque lo que nos parecía un lugar agradable puede convertirse en un espacio hostil en el que ya no deseamos estar. Si el sufrimiento es crítico o se prolonga en el tiempo, su capacidad de hacer insoportable la vida crece y los calmantes ya no son suficientes. En ese estado de crisis, el individuo suele preguntarse si tiene sentido vivir en medio del dolor, si es posible soportar el resto de la vida en esas condiciones, si se puede cargar con esa cruz (Chesterton 1970: 194). Job está en ese estado; se siente agobiado no sólo por las pérdidas – era rico y se había quedado sin nada, sin hijos, sin bienes, sin salud–, sino porque siente que no merece pasar por esa situación de ninguna manera. A pesar de las acusaciones reiteradas de sus amigos, no encuentra culpas en su conciencia por las que deba sufrir, de acuerdo con la teoría de la retribución, y eso lo amarga. Así débil y triste, comienza a

pensar que no está lejos el fin de su existencia y se vuelve contra Dios para interpellarlo con “quejas” (Lavecque 1987: 25). No obstante ello, Job sabe que con Dios no discute de igual a igual, porque su vida está en las manos de Él:

...el hombre nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos. Como la flor brota y se marchita, y huye como la sombra sin pararse. ¡Y sobre un ser tal abres tú los ojos, le citas a juicio frente a ti! Mas, ¿quién podrá sacar lo puro de lo impuro? ¡Ninguno! Si es que están contados ya sus días, si te es sabida la cuenta de sus meses, si un límite le has fijado que no franqueará, aparta de él tus ojos, déjale, hasta que acabe, como un jornalero, su jornada (Job 14, 1-6).

Para no perder relación con la realidad en la vida, es imprescindible la humildad. Muchos de los errores nacen de un sobredimensionamiento del propio ser. Este justo parece saber esto, pues en ningún momento pierde de vista que intentar hablar con Dios no significa olvidarse de las diferencias que lo separan. Eso dice este párrafo, en el cual Job no sólo se reconoce impuro, sino también con un límite existencial que le ha puesto el mismo Yahveh. Él decide hasta dónde llegamos. El hombre, dice señalando una de las

propiedades esenciales, es “corto de días”. Por más años que sume, la vida siempre será breve para todos. Es lo mismo que dice el Salmista: “Oh sí, de unos palmos hiciste mis días, mi existencia cual nada es ante ti; sólo un soplo, todo hombre que se yergue, nada más una sombra el humano que pasa” (Sal 39, 6-7). Sólo vivimos, dice también el Salmista, unos 70 u 80 años y la mayor parte son trabajo y vanidad que pasa (Sal 90,10); al igual que el Sabio reconoce que la vida que Dios nos ha dado está marcada por las preocupaciones y la angustia de esperar la hora de muerte (Eclo 40, 1.2.5).

La vida humana se distingue por la fugacidad, la impureza y el límite que Dios le ha marcado desde su inicio (Schockel y Sicre 1983: 231-233). En la flor y la sombra, el autor encuentra dos metáforas para describir la brevedad de una vida que puede tener momentos bellos (flor), pero que siempre se escapa (como la sombra), sin que uno pueda retenerla. Además, define también la vida humana por su condición de impura; a diferencia de Dios, el hombre está marcado por su capacidad de elegir el mal desde el momento de la primera caída, motivo por el cual, más allá de que sus faltas concretas no sean graves, no está en condiciones de reclamarle nada a Dios. Y por último, señala otro límite

además del moral: el límite temporal, al decir que Dios le puso un término que no podrá sobrepasar recuerda que Él es el único Dueño del mundo y quien ha fijado un límite para cada ser, como lo hizo con el mar (Jer 5,22).

Esta reflexión breve pero profunda sobre el hombre se debe quizás a que Job está por presentarse ante Dios y, en esas circunstancias, se desvanece toda la superficialidad humana por la que perdemos tanto tiempo en la vida; queda sólo lo que finalmente somos. Son pensamientos sabios que podrían hacernos reflexionar en varias ocasiones, sobre todo, cuando el dolor se encarga de liberarnos de las vanidades y nos invita a revisar nuestros actos y actitudes. ¿Acaso podemos vivir bien, sin perder de vista el verdadero sentido de nuestra existencia, es decir, si nos olvidamos de la fugacidad de esta vida, o si no tenemos en cuenta nuestra capacidad de equivocarnos y elegir o hacer el mal?

Pero la reflexión de nuestro sabio no termina allí, porque después de haberse dado cuenta de que el fin está cerca, se plantea la pregunta por la vida después de la muerte, iniciando, de esta manera, una reflexión sobre la esperanza. Como dijimos antes, Job es un rebelde que se atreve a realizar una queja audaz y directa contra Dios, porque se siente

injustamente herido y asfixiado por un Ser superior que no lo deja en paz. Sin embargo, no se cansa de pedir un encuentro con Yahvé, porque nunca pierde la esperanza de ser escuchado ni de encontrar finalmente un lugar donde descansar. El problema del autor principal es que, en su época, no había aún una idea clara sobre la existencia en el más allá, por eso, pone su esperanza en alcanzar otra vida, aunque no sepa bien en qué consiste; sólo advierte que ésta le parece insoportable y que la salida está en otro lugar:

Una esperanza guarda el árbol: si es cortado, aún puede retoñar y no dejará de echar renuevos. Incluso con raíces en tierra envejecidas, con un tronco que se muere en el polvo, en cuanto siente el agua, reflorece y echa ramaje como una planta joven. Pero el hombre que muere queda inerte, cuando un humano expira, ¿dónde está? Podrán agostarse las aguas del mar, sumirse los ríos y secarse, que el hombre que yace no se levantará, se gastarán los cielos antes que se despierte, antes que surja de su sueño (Job 14, 7-12).

En el pueblo de Israel, la idea de una resurrección corporal es muy posterior a este texto. Recién en el siglo II a. C., comienza a abrirse paso la noción de una Jerusalén

Celestial. Para Job, luego de la muerte sigue el *sheol*. No es la nada, sino una existencia sombría, sinónimo de hundimiento y soledad que, en el contexto del dolor, supone una liberación (Levecque 1987: 29). Para Job, esta esperanza es una necesidad profunda, y por ello, usa una comparación tomada de la vida vegetal que subraya la fuerza que tiene la naturaleza al pelear por una nueva vida. Job siente que si hasta un árbol tiene esperanza, él no puede perderla. Más tarde, Isaías dirá que retoñará el tronco de Jesé, hablando de la esperanza de vida que traerá el Mesías (11, 1). Job nunca pierde la confianza en que Dios le puede dar una vida en paz, sin sufrimiento, más allá de la muerte. Es por eso que recurre a Él pidiéndole que lo libere de sus padecimientos (Job 14, 13-17). En el fondo sabe que Dios siempre lo escucha.

El testimonio de este justo deja una nueva enseñanza: en medio de una vida que inexorablemente se desgasta, lo único consistente es mantener siempre la esperanza en Dios. Así vemos que Job confía en alguien que va a venir a rescatarlo del dolor:

“Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios. Yo, sí, yo

mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro”
(Job 19,25-27).

Este misterioso texto ha sido uno de los más discutidos por los exégetas a causa de la ambigüedad de sus afirmaciones. En muchos pasajes del libro, Job ve la muerte como un destino final, porque en su época no estaba clara, como señalamos antes, la idea de una resurrección. El autor usa un término legal, Goel, que es “el rescatador”, “el defensor”, en el que Job pone la esperanza de que se haga justicia con su situación. Pero el problema es que no queda claro en este texto –ni en el libro entero– en qué consiste esa reivindicación, porque, en definitiva, el mismo autor no tiene una idea perfectamente clara y definida sobre el más allá (Schokel-Sicre 1983: 293).

Lo que sí tiene en claro es cómo hay que juzgar la vida, algo que solemos hacer cuando nos toca vivir un sufrimiento importante en la vida. El dolor no sólo es una prueba que Dios permite en nuestra vida, sino una oportunidad para crecer en sabiduría. Como Job, despojados de algunas de las vanidades que suelen ocuparnos, tenemos la ocasión de reflexionar sobre los límites propios de la condición humana. La aceptación de los límites es crucial para encontrar una “salida”

a muchas de las angustias que nos hacen sufrir. Cualquiera de los límites con los que nos encontramos, hasta dónde podemos llegar en nuestro trabajo, las posibilidades reales de mejorar de las personas que queremos, etc.; pero también lo que podríamos llamar el “límite final”, es decir, el límite de una existencia que es breve y que nos obliga a vivir bien. Ante los límites, hay que tener la sabiduría de reconocerlos, de asumirlos y principalmente, de no perder nunca la esperanza en que Dios nos rescatará de nuestra debilidad y nos dará la paz que tanto ansiamos.

2. Jesús le da un nuevo sentido al dolor

Job mantiene hasta el final la esperanza de recuperar todo lo que había perdido, razón por la cual insiste tanto en su pedido de audiencia con Dios. A pesar de sentirse asfixiado por momentos, sabe que Dios es misericordioso y que no abandona nunca a los que confían en Él. De hecho, esta “historia” concluye de la mejor manera: Job es finalmente restaurado en su bienestar original, más aún, recompensado con creces. Sin embargo, la generosidad divina fue mucho más lejos de lo que Job esperaba, en la figura de Cristo. Su obra de salvación es una liberación del pecado y la muerte, pero también una liberación del dolor, porque por ese acto de

obediencia del Hijo al Padre y de amor por nosotros, se nos abre una posibilidad nueva, que es la de alcanzar una vida donde el sufrimiento ya no existe. La vida eterna es, para el cristiano, la contemplación cara a cara de Dios con la compañía de los santos y los ángeles, lo cual implica la realización máxima de la capacidad de conocer y amar del hombre. Es una vida en la que el cuerpo resucitado tiene un estado diferente al que tuvo aquí en la tierra, es decir, sin las imperfecciones que lo hicieron padecer, de modo que ni el alma ni el cuerpo pueden sufrir (Ramos 1997: 242-250).

Lo asombroso de los planes divinos es que esta vida sin dolor es la consecuencia del acto salvífico de Cristo, quien, por voluntad del Padre, experimentó el sufrimiento más grande que un hombre haya podido vivir: la Pasión. Para decirlo en otras palabras, Dios quiso eliminar el dolor a través del sufrimiento de su Hijo. ¿Por qué el Padre eligió el camino de la Cruz para su Hijo? ¿Podría haber salvado al hombre del pecado y de la muerte de otra forma? Lógicamente, podría haber salvado al hombre de otra manera, pues es Todopoderoso. Sin embargo, quiso que su Hijo se ofreciera en sacrificio entregándose completamente a su voluntad. Hay, indudablemente, muchas maneras de mostrarle a Dios

nuestro amor por Él, pero la mayor expresión se da en la aceptación de una voluntad distinta a la nuestra, en la obediencia (Ramos 2007:51-55). Y eso es precisamente lo que significa la vivencia de un dolor, la posibilidad de perseverar en nuestra fe cuando Dios permite que tengamos que padecer alguna experiencia del mal. De hecho, a lo largo de nuestra vida, tenemos muchas oportunidades de decirle a Dios que creemos en Él y que estamos dispuestos cumplir su voluntad, pero sólo cuando el peso del sufrimiento es grande y percibimos nuestra fragilidad, buscamos a Dios siendo totalmente conscientes de que necesitamos de manera absoluta de Él; por fin, comprendemos que sin Él nada podemos.

Por eso, de manera paradójica, cualquiera sea el sufrimiento –aunque sea una experiencia desagradable que nadie puede querer y de la que todos buscamos salir lo antes posible– es una oportunidad para presentarnos ante Dios en el estado espiritual perfecto, es decir, humildes y profundamente necesitados y liberados de intereses superficiales, dispuestos al acto de fe más radical: el sacrificio de sí mismo, la renuncia a nuestros planes para aceptar que se cumplan los planes de Dios. Esto es lo que hace Jesús, el Hijo

de Dios: ofrecerse en sacrificio por amor al Padre y a nosotros, y entregarse completamente hasta morir en la Cruz. Es lo que le pide el Padre y lo que lo constituye luego en Rey y Redentor de los hombres y en Cabeza del Cuerpo Místico (Ramos 2009: 63-68). Su obediencia a la voluntad del Padre es no sólo causa de nuestra salvación, sino modelo de cómo tenemos que asumir las cruces que nos toca cargar en esta vida para llegar a la Vida eterna.

El sacrificio que el Padre le pide el Hijo no significa que no lo ame. Dios Padre ama al Hijo desde toda la eternidad, pues es la Imagen perfecta de su ser. El fruto de ese Amor es la espiración del Espíritu Santo: “Este es mi Hijo muy amado” dice durante el bautismo de Jesús en el Jordán. Pero su Amor, como dijimos antes, es el amor perfecto de un Padre que quiere lo mejor para su Hijo, que sabe que superando el dolor se puede conquistar una vida sin dolor y sin muerte. De este modo, si Cristo no hubiese ofrecido el sacrificio de su vida, nosotros no tendríamos la posibilidad de superar el dolor y la muerte, no podríamos conquistar una vida en la que ya no existan estas experiencias dolorosas. El mismo Cristo explica el sentido de su presencia en el mundo y obra de salvación que lleva a cabo sufriendo una muerte injusta y cruenta: “Porque

tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3, 16).

Por eso, para el cristianismo, a diferencia de otras religiones, la salvación es la liberación definitiva del sufrimiento, de todo sufrimiento. Pero esa liberación no se logra mientras el cuerpo está sujeto al deterioro o corrupción, sino cuando el cuerpo de un resucitado adquiere un estado distinto en la próxima vida. El cristiano vive, espiritualmente hablando, de esa esperanza, porque sabe por la fe que, aunque tenga que esperar un tiempo para cumplir con ese anhelo, la vida eterna es real, más real que esta vida que dura sólo un poco de tiempo; y reconoce por la esperanza que puede lograr esa felicidad eterna en virtud de los méritos de Cristo. La esperanza funciona como un motor que mueve hacia adelante, que hace posible el esfuerzo, porque presenta un objetivo alcanzable por el cual vale la pena luchar. Es la mejor forma de vencer la tentación mundana de identificar la vida y la felicidad sólo con el presente y de encontrar las razones para soportar los padecimientos de esta vida.

Como demuestran las investigaciones del antropólogo André Le Breton (1999), el dolor se puede soportar y superar

si hay una esperanza de que ese padecimiento en un momento desaparezca. Con esa ilusión, el alma se llena de energía para hacer frente al dolor, pero sin esa posibilidad, la angustia nos vacía de ánimo y nos asfixia. La esperanza en Dios es un descanso para el alma, que se siente agobiada por el hecho de que con el dolor ha tomado conciencia de su fragilidad y es más consciente de que no puede bastarse a sí misma. Por más fuerte que sea nuestra voluntad, ante una crisis seria percibe que no tiene las “fuerzas” suficientes para sobreponerse si no es “ayudada” por una fuerza sobrenatural. Las crisis que produce la experiencia dolorosa son un verdadero desafío para el alma porque lo que se pone a prueba es, finalmente, el fundamento de la fuerza espiritual que soporta el peso que todo dolor conlleva. La confianza en sí mismo y el deseo de superarse pueden servir por un tiempo y para determinados padecimientos, pero la debilidad física y mental nos llevan a buscar otra fuente de seguridad que no podemos ser nosotros mismos, sino Dios. Así el alma se debate entre la reafirmación de sí mismo o la humildad y es obligada por la situación a decidirse por una u otra. La crisis se resuelve o se profundiza con esta decisión.

En este sentido, la Pasión de Cristo puede servirnos de modelo, porque aun siendo el Hijo de Dios, fue sometido a esta prueba, aceptando una Voluntad que lo contrariaba, la voluntad de su Padre. Jesús, como nosotros, rechaza el dolor, no quiere sufrir: “que pase de mí este Cáliz” le dice al Padre en el momento de mayor angustia en el Huerto de Getsemaní. Así Él se niega a sí mismo y, de manera libre y voluntaria, asume la Cruz y la muerte: “Yo doy mi vida, nadie me la quita” (Jn 10,18).

Así como en Cristo la aceptación libre de la Cruz cambia radicalmente el sentido del sufrimiento, la misma resignificación puede producirse con nuestros padecimientos, si a lo que es de por sí negativo, como experiencia del mal, le damos un valor positivo, convirtiéndolo en la ocasión de ofrecimiento de uno mismo a la voluntad de Dios. Lo que era oscuro por incomprensible puede tornarse luminoso (Lafitte 1995: 35ss). Esto no implica de ninguna manera que vayamos a eliminar el dolor de nuestra vida sólo porque aceptamos que tiene un valor positivo al hacernos más humildes, comprensivos, misericordiosos y sabios, y al darnos la posibilidad de unirnos a los sufrimientos de Cristo y ofrecerlo como acto de amor a Dios. Lo que propone el cristianismo no

es la eliminación del dolor en esta vida, sino su superación total en la otra. El sufrimiento en este mundo continúa y es real, como fue real el padecimiento de Cristo, tal como lo refleja el relato de la oración en el huerto:

Llegaron a una propiedad llamada Getsemaní, y Jesús dijo a sus discípulos:

“Quédense aquí, mientras yo voy a orar”. Después llevó con él a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y a angustiarse. Entonces les dijo: “Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí velando”. Y adelantándose un poco, se postró en tierra y rogaba que, de ser posible, no tuviera que pasar por esa hora. Y decía: “Abba, –Padre– todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mc 14,32-36).

Jesús es verdaderamente hombre y por eso sufre realmente e incluso hasta el extremo:

“Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra” (Lc 22, 44).

Jesús padece en su cuerpo y en su alma para cumplir con el Plan de Dios Padre. En cuanto hombre, le ofrece el

sacrificio de su vida y, por estar su humanidad unida a la divinidad en la persona del Verbo, ese sacrificio es aceptado por el Padre para la salvación de todos los hombres. El cuerpo es así un instrumento de la divinidad, por eso, lo que padece es real y tiene valor salvífico universal (Suma Teológica, III, 8, 1, ad.1). La experiencia del dolor extremo en Jesús se convierte en el acto por el cual el Hijo es el Redentor, el Salvador, que nos salva del pecado, de la muerte y de todo dolor abriendo para nosotros las puertas a una vida sin dolor.

Ahora bien, ¿era necesario tanto dolor en Jesús? No, en sentido absoluto, porque Dios siendo Todopoderoso podría haberlo hecho de otra manera. Sin embargo, era conveniente, como dice Santo Tomás en la Suma Teológica, porque es la mejor manera de librar al hombre del pecado y del mal por ser la Pasión y la Muerte en Cruz un acto de amor sublime en el que se demuestra la total entrega a Dios y a su voluntad (III, 46, 1-4). Es la mejor forma de reparar la desobediencia que hay detrás de todo pecado, desde el primero de Adán y Eva hasta los que cometemos en la actualidad: “Como por la desobediencia de uno muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos”. Además, es la demostración más grande del amor

divino y el mejor ejemplo de obediencia, humildad, constancia, tal como afirma Pedro: “Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para sigáis sus huellas” (1 Pe 2,21).

Además, el dolor en Cristo fue extremo porque no sólo padeció dolores físicos terribles, a causa de la flagelación, la corona de espinas, el peso de la cruz y la crucifixión misma, sino que también sufrió un profundo dolor espiritual causado por la tristeza que habrá sentido al ver la malicia de los hombres que injustamente lo agredían, al conocer la gravedad de su maldad, sumando a ello el dolor de los pecados de todos los hombres (Suma Teológica III, 46,6). Por este motivo, Jesús cambia el sentido del dolor y lo convierte en el acto de amor más grande, de amor por todos nosotros, que nos alejamos de Él por el pecado.

Es un acto de amor que tiene como fin librarnos de la muerte: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea tenga por Él vida eterna” (Jn 3,14-15). De este modo, el sacrificio de Cristo es liberador, porque nos saca de encima el peso del pecado, porque repara el mal que hicimos y porque nos abre la posibilidad de una vida nueva sin padecimientos. El dolor adquiere, por tanto, un sentido nuevo,

que es el mérito, es decir, tiene el valor de una obra que la hace digna de recompensa. Es, en definitiva, un acto de amor (Von Balthasar 1971: 704ss).

Por la Pasión, Cristo mereció para sí mismo la Resurrección, su ascensión a los Cielos y su exaltación como Rey de toda la creación:

...y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre (Fil. 2,8-11).

Con la aceptación de la voluntad del Padre, los dolores que padece Cristo en su Pasión tienen la virtud de merecer, para todo aquel que cree en Él, la justificación y la satisfacción por el mal ocasionado. Hablamos de justificación, porque Dios tiene la plenitud de las gracias actuales y habituales y, como Cabeza del Cuerpo Místico, lo santifica. Cristo padece en su humanidad, la cual actúa como instrumento de la divinidad; de allí que sus actos son meritorios para conseguir la gracia para todos los hombres (Suma Teológica III, 49,1,c). En efecto,

por ser Dios y hombre, Sumo y Eterno Sacerdote, es el único Mediador, de modo tal que no existe otra mediación en orden a la salvación. Por otra parte, su sufrimiento tiene un valor de satisfacción en cuanto que, como acto de amor al Padre, repara todo el mal que los hombres hacen a lo largo de la historia cuando se rebelan contra Dios. La Pasión de Cristo repara esa ofensa, es decir, compensa la desobediencia y rebeldía humanas con un acto de obediencia y entrega. Así, su dolor es el signo más grande de Amor hacia nosotros y hacia el Padre, un Amor que no se guarda nada para Sí mismo.

Esto que sabemos por la Teología no debería quedar en nuestra mente como una información teórica que amplía nuestra cultura cristiana, sino que tendría que servirnos para que, mediante la reflexión y la meditación, podamos ver el dolor con una mirada distinta. Si con su Pasión, Muerte y Resurrección, Cristo ha cambiado radicalmente el sentido negativo del dolor, nosotros podemos también darle un sentido positivo a lo que nos hace sufrir, cualquiera sea el origen y el tipo de sufrimiento que nos toque padecer.

Por el bautismo, por la fe y la gracia, estamos unidos a Cristo, que es Cabeza de la Iglesia; por eso, nuestros padecimientos pueden unirse espiritualmente a los de Cristo y

ser una ofrenda de nuestra voluntad, de todo nuestro ser a Dios. Así lo que era, de hecho, una experiencia negativa del poder del mal se podría así convertir en una ocasión para acercarnos a Dios (Boulnois 1995: 56). Más aún, hasta deberíamos alegrarnos, como enseña Pedro, por compartir los sufrimientos de Cristo que nos sirven para nuestra salvación y la de los demás (1Pe 4, 13-14). Si imitáramos a Cristo y ofreciéramos nuestra vida al Padre como Él lo hace en el Huerto de Getsemaní, entonces, el dolor, sin dejar de ser una punción desagradable, sería una liberación espiritual, una donación de sí mismo.

CAPÍTULO 5

MISERICORDIA CON EL QUE SUFRE

1. La soledad de Job

El libro de Job no es un libro histórico, pues no hay un relato de un hecho de la historia en el cual se transmite un mensaje revelado, sino que es un diálogo en el que el autor principal, tomando la historia de un justo que aun cayendo en desgracia se mantiene fiel a su fe, expone una crítica a la visión de una religión interesada que se vivía en el pueblo de Israel, en torno al siglo V a.C. No obstante ello, este diálogo no sólo ofrece reflexiones profundas sobre Dios, la religión, el hombre, su vida y sus bienes, sino que también aparece inevitablemente la relación del personaje principal con sus amigos. Esta relación no es real en el sentido histórico, pero sí refleja la soledad e incomprensión que siente el justo y, seguramente, el autor.

El relato presenta, entonces, a un hombre inteligente y audaz, que hace un análisis agudo de la deformación de la fe que supone la teoría de la retribución, vivida por una comunidad, cuya mentalidad conservadora e interesada más en su bienestar que en Dios. Es lógico que el diálogo con sus amigos fuera complicado. Sus diferentes visiones e intereses

aparecen frecuentemente contrapuestos en sus discursos, de modo que la confrontación va subiendo de tono en la medida en que ellos lo consideran un insensato que se atreve a cuestionar la justicia divina, en vez de aceptar su condición impura. Y se complica aún más cuando Job les responde cuestionando su sabiduría y sus pretensiones de defender a Dios (Levecque 1987: 20). Como ellos no quieren escucharlo y entender su crisis espiritual, Job se cansa de ellos y les pide que se callen porque quiere hablar directamente con Yahvé. Ese desafortunado desencuentro refleja no sólo diferencias en el modo de concebir la relación con Dios, sino la actitud de Elifaz, Bildad y Sofar respecto de su amigo que sufre la terrible pérdida de sus hijos, sus bienes y su salud y se queda solo, sentado en un basural. Esta imagen es tan fuerte como elocuente de la situación miserable en la que el pobre Job se encuentra sumido.

La primera actitud de estos amigos hacia Job es verdaderamente noble, hay que reconocerlo: vienen de lejos, dejan sus asuntos y se toman la molestia del viaje, porque realmente aprecian a su amigo, actitud que, como sabemos todos, no es tan frecuente. Además, en otra imagen tremenda pero paradójicamente conmovedora, se sientan junto al amigo

y lo acompañan en silencio durante siete días. ¿Acaso, hay palabras que puedan consolar ante una desgracia tan grande? Hasta este momento Elifaz, Bildad y Sofar se comportan como verdaderos amigos, pero Job rompe el silencio, comienza a desahogar su angustia, desea desaparecer y pide, como suele suceder, que alguien le explique por qué le toca sufrir si él ha sido bueno con los hombres y con Dios. Entonces, cada uno de sus amigos, a su turno, le explica que un hombre justo recibe bienes de Dios, en cambio, al pecador le toca padecer. Job se defiende, porque su conciencia no le reprocha nada. Sus amigos insisten y lo atacan con acusaciones, pensando que así obtendrán una confesión forzada de pecados inexistentes, pero en realidad, inician un enfrentamiento por el cual abandonan al pobre justo. Job, como todo el que sufre, se siente solo y cansado de tantas palabras vacías de razón y de afecto:

Job tomó la palabra y dijo:

“¡He oído muchas cosas como esas! ¡Consoladores funestos sois todos vosotros! ¿No acabarán esas palabras de aire? O: ¿qué es lo que te pica para responder? También yo podría hablar como vosotros, si estuvierais en mi lugar; contra vosotros ordenaría

discursos, meneando por vosotros la cabeza; os confortaría con mi boca, y no dejaría de mover los labios. Mas si hablo, no cede mi dolor, y si callo ¿acaso me perdona? [...] Abren su boca contra mí, ultrajándome hieren mis mejillas, a una se amotinan contra mí. A injustos Dios me entrega, me arroja en manos de los malvados (Job 16, 1-6.10-11).

Job se siente incomprendido, sus amigos vinieron desde lejos a acompañarlo y se sienten en el deber de darle consejos, pero no entiende que la crisis no se resuelve con una teoría, sino con la compasión. Cansado de escucharlos, equivocados y distantes, él reclama un consuelo verdadero. Y el verdadero consuelo en el dolor no es otra cosa sino la compasión de los que están cerca.

Las palabras de Elifaz, Bildad y Sofar son “de aire” porque son huecas, están vacías de la misericordia, que es uno de los mejores calmantes para el dolor del alma. Las palabras dicen algo, consuelan en el momento del dolor, si es que van acompañadas del gesto humano de ponerse en el lugar del que sufre, comprendiendo su fragilidad. A ustedes, les dice Job, no les interesa realmente lo que me pasa, peor aún se burlan de mi situación y eso me hiera el alma aumentando mi

dolor. Los que están convencidos de ser buenos ante los ojos de Dios sólo hacen daño.

Los amigos pronuncian entonces cuatro discursos, pero a Job le parecen muchos más porque son reiterativos; como un coro aburrido insisten en decir que Dios es justo y sólo castiga a los malos. Todos tienen un mismo tono, traslucen la soberbia de creer que saben demasiado, por eso, los llama “consoladores inoportunos” y se queja de su actitud burlona, reflejada en el gesto de menear la cabeza. Job se siente traicionado y está replegado sobre sí mismo, enfrentado a un grupo grande de enemigos (Alonso Schökel y Sicre Díaz 1983: 257).

Es el dolor en su cumbre más alta, porque se suma a él la soledad. Por eso, Job siente cercano el fin. Mientras los amigos se burlan y ya harto de sus provocaciones, apela llorando a Dios como testigo, pues acaso Él no se olvide de que los hombres siempre mendigan su bondad (Job 16,19-22; 17,2). Sin embargo, la queja contra el ataque y abandono de sus amigos no termina:

¿Hasta cuándo afligiréis mi alma y a palabras me acribillaréis? Ya me habéis insultado por diez veces, me

habéis zarandeado sin reparo. Aunque de hecho hubiese errado, en mi sólo quedaría mi yerro. Si es que aún queréis triunfar de mí y mi oprobio reprocharme, sabed que ya es Dios quien me hace entuerto y el que en su red me envuelve. Si grito: ¡Violencia!, no obtengo respuesta, por más que apelo, no hay justicia [...] A mis hermanos ha alejado de mí, mis conocidos tratan de esquivarme. Parientes y deudos ya no tengo, los huéspedes de mi casa me olvidaron (Job 19, 1-7.13-14).

El dolor y la soledad se potencian y cumplen una silenciosa e impiadosa tarea: vaciar de sentido la vida. Si sus amigos o parientes hubieran demostrado misericordia y comprensión, la angustia de Job no hubiese sido tan hiriente. Como enseña la antropología y nuestra experiencia personal, el mejor calmante es la compañía y el afecto de los cercanos, por lo cual la experiencia del dolor del otro nos tiene que llevar a comprometernos con gestos concretos de misericordia, sabiendo que, en esos momentos, estamos realizando una de las tareas más nobles de nuestra vida: sufrir con el que sufre y no dejarlo solo (Cabodevilla 1970: 92).

2. Misericordia para el dolor

El libro de Job no se ocupa particularmente de este tema, sino que se concentra más bien en la crisis de la relación del justo sufriente con Dios. El problema planteado es que no se puede entender la justicia divina que “castiga” a un justo si se pretende comprender la religión desde la perspectiva de la teoría de la retribución. Sólo en ese contexto se explican las discusiones de Job con sus amigos, que abarcan gran parte de la obra. Sin embargo, una reflexión teológica sobre el dolor no puede dejar de hablar de esa relación de verdadera compañía, que está ausente y que tanto extraña Job. De este modo, nosotros podemos completar la reflexión de Job, al modo de los Padres de la Iglesia, es decir, leyendo el texto en el contexto del resto de la Biblia, iluminando unos libros con otros.

La Palabra de Dios enseña que el sufrimiento no es fatalidad sin sentido ni un castigo divino. Las enfermedades, dolores espirituales y pérdidas tienen un sentido positivo profundo en nuestras vidas si aprovechamos esas experiencias para madurar nuestra relación con Dios, purificando nuestro amor por Él, despojándonos de nuestros intereses y proyectos personales y aceptando los planes que tiene para nosotros

(Fuentes 2008: 59). Más aún, el dolor podría llevarnos a vivir la experiencia de la compañía cercana de un Dios que se conmueve ante el padecimiento de los hombres y que, en la Revelación, presenta la salvación como un consuelo para los que sufren.

Cuando el dolor es grave y persistente, nos lleva a experimentar la sensación de desprotección y abandono; tomamos conciencia de nuestra verdadera situación de fragilidad y nos sentimos expuestos. Ese estado anímico podría profundizarse y llevarnos a la tristeza, o bien podríamos aprovechar la ocasión para dejar nuevamente nuestra vida en las manos de Dios, haciendo del sufrimiento una oportunidad para vivir lo esencial de nuestra fe, que es poner nuestra confianza en Dios y no en nosotros mismos (Martini 1998: 20).

El dolor que experimentan los israelitas en el exilio hace que ellos se sientan abandonados por el Dios que les había prometido que no los dejaría solos. El pueblo dice, como decimos nosotros cuando estamos en una situación dolorosa: “El Señor me abandonó, mi Señor se ha olvidado de mí”, pero Dios no se queda callado y nos responde: “¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus

entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!” (Is 49, 14-15). A Dios le cuesta encontrar las palabras precisas para expresar el amor fiel que siente por nosotros y por el cual nos asegura que nunca nos abandonará, no porque le falten, sino porque las palabras humanas no alcanzan para definir su manera de querernos. Por esta razón, usa metáforas y compara su amor con la ternura entrañable de una madre por un hijo o con la fidelidad y entrega con que un esposo ama a su esposa. Aunque te parezca que te abandoné por un instante, que te oculté mi rostro, dice por la boca del profeta, tú eres mi primer amor y “yo me compadecí de ti con amor eterno” (Is 54, 8). Dios nos dice lo mismo que le decía al pueblo de Israel, que se sentía abandonado: háblenle al corazón y díganle que Yo soy el consuelo y la liberación (Is 40, 1); Yo voy a cambiar el dolor por alegría, voy a consolar a los afligidos porque escuché sus lamentos, sus llantos de amargura y tuve compasión y los voy a recompensar (Jer 30, 13-17).

El momento de la prueba es la ocasión en la que podemos experimentar espiritualmente la relación de paternidad y filiación tierna que Dios propone al decir que no se olvida de los que creó y que, cuando nos ve heridos, como

el pastor bueno con los corderos, nos abraza y nos cobija en su pecho (Is 40, 11). Como dice el Salmista, Dios consuela con su Palabra (Sal 119, 50), la cual debemos escuchar especialmente cuando no estamos bien y necesitamos que Él nos hable, porque lo que consuela es la misericordia de Dios (Sal 119,76), es decir, el Amor por el que quiere mostrarnos que está siempre cerca de nosotros y de manera especial en los momentos difíciles. Eso expresa el término “misericordia”, el cual tiene en la Biblia muchas formas de traducirse, pero principalmente dos significados. Por un lado, significa el amor entrañable y materno de Dios, que se compadece de sus hijos que sufren (Sal 106,45); por otro, la relación de amor piadoso y fiel que Él siente por nosotros como Padre, de manera particular en el dolor (Dufour 1988: 543).

En realidad, tenemos que recordar que el sentido profundo de la salvación en la Biblia está relacionado con la liberación de un sufrimiento. La liberación de la esclavitud del pueblo de Israel en Egipto es una imagen clara de que la salvación para Dios consiste en sacarnos del dolor; por eso, nosotros podemos recordar sus palabras a los israelitas y saber que nos habla a nosotros, de la misma manera:

“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios” (Ex 3,7-8).

Dios ha elegido gratuitamente a su pueblo, lo hizo “suyo” y se siente atado a él por un amor de predilección, por eso, lo libera y lo salva. Y lo mismo podemos y tenemos que pensar nosotros en la penuria: Dios me ha elegido, me ama gratuitamente, va a escuchar mis plegarias y me va a liberar. Su compasión no depende de nuestra bondad sino de la de Él y esto debería darnos a nosotros paz, pues en definitiva, Él ama a quien quiere (Ex 3,19). Así se presenta como un Dios que ama entrañablemente a sus hijos, que nunca quiere castigarlos, cuya fidelidad depende de su Bondad y que, a pesar de nuestros pecados, no deja de querer siempre el Bien para nosotros:

“Yahveh Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado” (Ex 34, 6-7).

La misericordia divina es realmente una cura para la herida que el dolor abre en el alma porque Dios se compadece

al vernos sufrir no sólo frente al dolor físico, sino también ante nuestra debilidad moral, de los errores que cometemos en la vida y que tienen muchas veces, como dijimos antes, consecuencias dolorosas. A diferencia de nosotros, que nos cansamos de los que nos hacen daño, Dios no se cansa de las ofensas, comprende profundamente la condición humana y, cuando tiene que hacer justicia, lo vence la ternura de Padre y perdona. Así lo describe el profeta Oseas cuando habla de la relación de Yahvé con su pueblo como la íntima relación que une al esposo con la esposa. A pesar de la traición del pueblo que ha sido infiel con el pecado de idolatría, Dios que ya había decidido abandonarlo y dejarlo sin compasión (1, 6), cambia de parecer movido por su Bondad y llama a su esposa la “Compadecida” (2, 3).

Dios nos quiere tanto, dice Jeremías, como un Padre a su hijo mimado, por lo cual, cuando quiere amenazarlo, se enternece al recordarlo, se conmueven sus entrañas y se siente desbordado de ternura (Jer 31, 20). ¿Acaso podemos olvidarnos en medio del dolor que Él está hablando de nosotros, o mejor dicho, que nos está hablando a nosotros de esta manera? Si el sufrimiento se convierte en una crisis espiritual es, entonces, la oportunidad para escuchar a Dios,

quien lleva a su pueblo al desierto de soledad y dolor con un solo fin: “hablarle al corazón” (Os 2,16).

Como el Salmista que se siente lejos de Dios por el pecado pero sabe que puede recurrir a la “ternura” divina (Sal 51,3), nosotros podemos confiar en ese amor tierno de padre y recurrir a Él en el momento de la prueba, con la conciencia de saber, como el Salmista, que

Clemente y compasivo es Yahveh, tardo a la cólera y lleno de amor, no se querella eternamente ni para siempre guarda su rencor; no nos trata según nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas [...] Cual ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno es Yahveh para quienes le temen, que él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo (Sal 103, 8.13ss).

Jesús manifiesta con sus gestos y palabras esa manera paternal que Dios tiene de querernos. Hablamos de los gestos: prefiere a los pobres (Lc 4, 18; 7, 22); no se aparta de los pecadores –tal como hacían los fariseos–, sino que se acerca como un amigo y entabla con ellos un trato frecuente, que escandaliza a los que no comprenden cómo nos quiere Dios (Lc 5, 27-30; 15, 1;19, 7); y se compadece especialmente del

sufrimiento de una madre por haber perdido a su único hijo y del desconsuelo de un padre al que se le murió su hija (Lc 7,13; 8,42; 9, 38-42). Nos referimos también a sus palabras, porque usa varios ejemplos para contarnos cómo el amor del Padre se alegra siempre por recuperar a la oveja perdida.

En nuestra opinión, la imagen más conmovedora de la Biblia es la que inventa Jesús para contarnos lo que siente Dios por nosotros con el relato del Hijo pródigo. La foto del Padre esperando en la puerta, con la mirada y toda la atención puesta sólo en el hijo que espera recuperar, es como la confesión del Jordán: “Éste es mi Hijo amado”. El Hijo, que desde toda la eternidad está junto al Padre y ha visto cuánto nos ama, encuentra la metáfora perfecta para hablarnos de ese amor tierno: el padre, junto a la puerta esperando, como quien ha perdido un hijo y no puede calmar el vacío hasta reencontrarse con él: “Estando él todavía lejos le vio su padre y, conmovido, corrió se echó a su cuello y le besó efusivamente” (Lc 15,21). Jesús está describiendo con una imagen cercana a nosotros lo que Dios Padre siente con el retorno de un hijo, seguramente ha visto que ese Dios que no tiene pasiones ni movimiento, se “conmovió” de alguna manera, por amor a su hijo (Juan Pablo II 1980: cap. 6). Esta

manifestación de la ternura divina debería conmovernos cuando nos sentimos lejos de Dios, sea por el pecado o por la crisis espiritual a la que a veces nos lleva el dolor, y de la que podemos salir si recordamos esta forma paternal y tierna que tiene Dios de querernos. Si Él nos espera en la puerta con paciencia, sin tiempos, podemos tener la esperanza de un reencuentro, a pesar de que, en algún momento de la vida, el sufrimiento nos distancie de su presencia.

En definitiva, el dolor pone a prueba nuestra confianza en un Dios, un Padre Bueno que no nos abandona, pero también puede ser una oportunidad para que imitemos su forma de amar. Así como Él no nos deja solos, tampoco nosotros podemos dejar abandonados en el camino a los que están heridos, con la excusa de que tenemos muchas ocupaciones. Esa forma que tiene Dios de amarnos nos obliga a hacernos cargo de nuestro hermano, como lo enseña Jesús en forma de parábola:

Pero él [el legista] queriendo justificarse, dijo a Jesús:

“Y ¿quién es mi prójimo?” Jesús respondió: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba

por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión, y acercándose vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo de más, te lo pagaré cuando vuelva. ¿Quién de éstos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Él dijo: “El que practicó misericordia con él. Díjole Jesús: “Vete y haz tu lo mismo” (Lc 10, 29-37).

En esta parábola, intervienen tres personajes que reaccionan de manera diferente ante la misma situación: el encuentro con un herido en el camino. El sacerdote y el levita que pasaban por allí, dan un rodeo y siguen de largo. Al ver el dolor ajeno, en vez de conmoverse y sentirlo como propio, lo miran con indiferencia y distancia, como si fuera un espectáculo, al igual que sucede algunas veces en la vida. La diferencia con el samaritano es que a éste sí le duele el sufrimiento ajeno y, por eso, se conmueve. La misericordia es precisamente eso: la capacidad de conmovernos ante el

sufrimiento del otro al punto de dejar nuestros intereses y preocupaciones para ocuparnos de ayudarlo. Es una lucha espiritual entre el amor de sí que tiende a concentrarnos obsesivamente en nosotros mismos y el amor al prójimo como forma de amar a Dios, tal como nos enseñó con su palabra y con su vida.

El primer paso para la misericordia con el que sufre es, por lo tanto, la visión que tenemos de los demás, como dice el texto: “al verle tuvo compasión”. A pesar de que se trata de un extranjero y está herido, para el samaritano, ese encuentro significó una oportunidad para curar y cuidar de ese otro. También a nosotros puede pasarnos lo mismo, cuando en la vida nos encontramos de manera inesperada con personas afectadas por algún tipo de dolor, nos cuesta pasar de esa primera impresión a la instancia del compromiso, tal vez porque el curar y cuidar a otro conlleva muchas veces una renuncia concreta a nuestros planes, a nuestra comodidad o a una visión exitista de la vida. Sin embargo, Cristo nos enseña con esta parábola a pensar diferente, dejando de ser personas egoístas para dolernos del dolor ajeno y entendiendo que el amor a Dios no se resuelve sólo con el cumplimiento de los preceptos culturales, sino que llegaremos al Cielo

fundamentalmente por nuestra manera de amar al prójimo. Del mismo modo en que el samaritano se acerca al herido, así nosotros tenemos que estar “cerca” del que padece en el cuerpo o en el alma para consolar con nuestras palabras y nuestros gestos (Pangrazzi 2013: 14-17).

Jesús nos enseña que si hemos decidido seguirlo, ser sus discípulos, no podemos “dar un rodeo”, mirar el espectáculo, criticar a los supuestos responsables de las injusticias de los más débiles y seguir adelante con nuestra vida como si nada hubiese pasado. En la parábola, Jesús describe con varias acciones: vendar sus heridas, montarlo en su cabalgadura, llevarlo a una posada, pagar por su estadía y regresar a ocuparse de él. Son las actitudes que Él espera de nosotros, que no abandonemos a los que sufren, que nos acerquemos a ellos y que nos quedemos con ellos. Amar al prójimo es acompañarlo en su padecimiento, asumiendo que no nos salvamos solos. A veces nos quejamos del dolor, pero ¡qué maravilla ver tantos testimonios de amor, tantos que renuncian a lo superficial para dedicarse a los más débiles, mostrando así que este mundo es mucho más bello de lo que el poder del mal nos deja ver! (Juan Pablo II 1984: n. 29).

En la vida de Jesús, que para nosotros es el modelo a imitar, hay un espacio importante dedicado a atender enfermos y familiares que piden por sus enfermos. Los Evangelios hablan de un Dios que viene a “curar” un mundo en el cual el mal ejerce su poder. Jesús se dedica a sanar, porque la sanación está ligada con la salvación, pues es no sólo curar el cuerpo, sino también y principalmente el alma, y se produce cuando el hombre descubre la presencia del Poder y la Bondad de Dios.

Ya desde el Antiguo Testamento, la enfermedad es vista, en sentido religioso, como una presencia del mal, algo que contradice la Voluntad divina que ha creado al hombre para la felicidad (Gn 2) y que ingresa al mundo como consecuencia del pecado original (Gn 3, 16-19). Por eso, en algunos casos, la enfermedad aparece vinculada con el pecado y su curación, con la confesión de las faltas (como sucede en los Salmos 38,2-6; 39, 9-12; 107,17). Sin embargo, en otros casos, consiste más bien en una prueba divina de la fidelidad y la confianza en Dios, como es el caso de nuestro Job o el de Tobit (Tob 12, 13). Por otro lado, la salvación es anunciada por el profeta Isaías como la obra que realizará el Siervo de Yahveh, mediante un sufrimiento que servirá como expiación

por las faltas de los pecadores (Is 53, 4). Por esto se explica la costumbre de los israelitas de acudir a Dios en la enfermedad, suplicando su omnipotencia y misericordia, como sucede en los Salmos (6; 38; 41; 88; 102; etc.), así como la esperanza escatológica de alcanzar en la otra vida una existencia en la que ya no haya más enfermedad ni sufrimientos (Is 35,5; 65,19). Lo paradójico es que la liberación se realiza mediante un sufrimiento extremo, el Siervo sufriente nos curará cuando tome sobre sí nuestras enfermedades, “gracias a sus llagas seremos curados” (Is 53,4).

Jesús se presenta, como dijimos, como el Dios que sana, pero profundiza en la dimensión espiritual de esta sanación. Así, enseña que no siempre se da una relación directa entre el pecado y la enfermedad (Jn 9, 2ss); aunque, sin dudas, es la presencia del mal lo que hace sufrir a los hombres, por eso, se compadece de ellos, como le sucede con los ciegos de Jericó (Jn 20, 34). Esta atención que Jesús le dedica a los enfermos es el mejor ejemplo de la compasión divina para con el sufrimiento humano. Dios nos enseña a ponernos en el lugar del otro, a entender lo que el otro siente y a comprometernos a ayudarlo y acompañarlo. Las curaciones en Jesús son un signo del poder salvífico que trae al

mundo: “Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos” (Lc 6, 19).

Mediante esta obra de caridad, Cristo también se manifiesta a los hombres como el Mesías que habría de venir. Por este motivo, manda a Juan el Bautista a contar a los hombres que, en Él, se cumplen las profecías: los ciegos ven, los leprosos quedan limpios, los cojos andan y los muertos resucitan (Mt 11, 2-6). En estos milagros, la curación del cuerpo es la ocasión para la sanación del alma, que busca a Dios y que puede sentir su poder. Esto se ve en muchas ocasiones, cuando Jesús le pregunta a los que se acercan suplicando una gracia si creen que es posible esa curación (Mt 9, 28; Mc, 5, 36; Mc 10, 52, etc.). De este modo, la curación es el símbolo de lo que Dios quiere para nosotros: una vida sin sufrimiento ni pecado. De la misma manera, cuando descuelgan del techo a un paralítico para que Jesús lo cure, Él le perdona los pecados y, para que los que se escandalizan por este gesto de potestad divina se den cuenta de que puede curar el alma y el cuerpo, lo libera de la parálisis (Mc 2, 1-12). Lo que Dios quiere siempre es que lo descubramos como Aquél que trae la sanación, por tanto, quien recibe la curación de Dios recibe también la presencia de la Luz.

La misión de Cristo, por lo tanto, es sanar e iluminar. Es la misma misión que Él encomienda a los apóstoles, a quienes les da el poder y la tarea de curar las enfermedades (Mt 10, 1). Ellos salen a predicar y a curar haciendo milagros, como atestiguan varios pasajes de los Hechos de los Apóstoles (3, 1; 8, 7; 9, 32; 14, 8; 28, 8; etc.), e incluso ungen con el óleo consagrado a los enfermos, tal como lo hacemos nosotros en la actualidad (Sant 5, 14ss).

A igual que los discípulos de Cristo, nosotros no podemos dejar de practicar lo que Él hacía y lo que mandó a hacer a sus apóstoles: hacernos cargo del que sufre, no abandonarlo en el camino solo. No se puede ser un buen cristiano sin esta capacidad de dolerse por el dolor ajeno; no podemos conformarnos sólo con predicar, porque vivimos en un mundo en el que los hombres y mujeres padecen dolores en el cuerpo y en el alma y porque nuestra compasión puede ser la oportunidad para que quienes soportan el poder de las tinieblas descubran, como el ciego de nacimiento, que Cristo es la Luz del mundo (Jn 9).

CONCLUSIÓN

EL SUFRIMIENTO ES UNA REVELACIÓN

Un sufrimiento importante, cualquiera sea su naturaleza, puede tener en nuestra vida un sentido oscuro o luminoso, como dijimos al inicio. Oscuro, si las preguntas que se suscitan en esa ocasión no encuentran una respuesta y al dolor se añade la angustia de no encontrarle un sentido. Por el contrario, puede ser luminoso si, a pesar de lo negativo como toda experiencia del mal, podemos hallarle una explicación a su presencia y una respuesta a su fin.

Ahora bien, como lo que padecemos no es fruto de un destino ciego que no conocemos, ni un castigo por un mal que hayamos hecho, sino una experiencia del mal que hay en el mundo y que Dios permite que vivamos en orden a que se cumpla en nuestra vida su plan de salvación, el dolor puede ser un medio para alejarnos de un Dios que consideramos cruel o una forma de liberarnos de todas aquellas visiones y deseos que se mezclan con la religión pero que no hacen otra cosa sino desvirtuarla. Si pensamos que el sufrimiento es un castigo que merecen los malos y una experiencia que de ninguna manera nos corresponde porque somos creyentes y cumplimos con observar los mandamientos divinos –razón por

la cual Dios debería favorecernos y ayudarnos para que nos vaya bien—, entonces, necesitamos madurar nuestra fe. Debemos comprender la forma en que Dios nos ama, la manera que tiene Él de llevarnos al Cielo y lo equivocados que estamos al pensar que con nuestro buen comportamiento nos libramos del mal.

Para Carl Gustav Jung (2014), por ejemplo, el libro de Job refleja un comportamiento divino que resulta incomprensible e inaceptable para el hombre moderno. Dios se comporta de una manera completamente injusta y egoísta con el hombre. El Dios de este relato es injusto porque acepta una disputa en condiciones de absoluta desigualdad. Es un Dios que no tiene piedad de la debilidad de Job, que sigue el consejo de su Adversario y no duda en poner a prueba cruelmente al pobre justo que le fue siempre fiel. Dios, dice, no desea en absoluto ser justo. Él quiere más bien alardear de su poder, un poder que prefiere antes que la justicia (28). Pero un Dios que quiere imponerse al hombre exigiéndole que se le someta con temor y temblor, sin importarle lo que para este ser pobre y frágil significa sufrir, no puede generar una relación de confianza para la sensibilidad moderna (35). Pues si Dios confía en el hombre, ¿por qué ponerlo a prueba?, se

pregunta Jung. En definitiva, Job tiene un comportamiento moral superior al de Yahvé, porque confía en su Dios hasta el final (58). Sin embargo, el Dios del cual habla Jung, como él mismo lo dice, es el Dios que construye la psicología humana (123); por eso, si bien expresa el rechazo natural de toda persona al dolor, no tiene en cuenta que no se puede comprender a Dios desde la pura psicología humana, pues Él no piensa como nosotros, el comportamiento divino es un misterio.

El Dios en el cual creemos piensa de manera completamente diferente; no se conforma con habernos regalado esta vida sino que quiere que alcancemos la vida eterna. Nosotros estamos acostumbrados a pensar en la felicidad aquí en este mundo y nos cuesta ver el valor positivo de un padecimiento, Dios, en cambio, comprende que un sufrimiento puede ayudarnos espiritualmente de distintas maneras. Puede ser una ocasión para liberarnos de deseos superficiales y valorar lo que es esencial; para aprender en carne propia lo que padece un enfermo, un pobre, una persona con discapacidad y acercarnos a ellos con compasión; para ejercitar una profunda oración por la cual pongamos toda nuestra vida en manos de Dios; o bien, para tomar conciencia

de nuestros límites y que esto nos la virtud de la humildad. Por todo esto, el dolor puede tener un sentido positivo en nuestra vida, puede ser una “revelación”, es decir, un momento luminoso en el que finalmente aparezca lo mejor de nosotros y lo mejor de Dios, o mejor dicho, para que se manifieste claramente la conciencia de nuestro límite y la infinitud de un Dios que nos cuesta entender, pero que no por eso es injusto ni ha dejado de querernos.

La historia de Job que hemos seguido hasta aquí da un vuelco radical al final. Después de tantas discusiones con sus amigos y de tantos reclamos a Dios, el rebelde, el “bravo”, como confiesa Dios en estos últimos capítulos, finalmente comprende que la distancia que lo separa de Yahvé es más grande de lo que pensaba y es por ello que le resulta difícil entender y aceptar sus planes. Ahora, como nunca antes, entiende la fragilidad radical del ser humano y la grandeza de Dios, imposible de abarcar. De este modo, se “corre el velo”, el hombre abandona la forma de considerar a Dios en función de sus propios intereses y lo descubre y ama como un fin en sí mismo. Es entonces cuando exclama: “Ahora sí mis ojos han visto a Yahvé”.

Job lo había reclamado insistentemente, cansado de las falsas acusaciones y de la visión interesada de la religión que defendían sus amigos, quería encontrarse con Dios cara a cara, deseaba poder discutir con Él. Tenía preparadas las preguntas para hacerle con la ilusión de que Yahvé le explicara por qué tenía que sufrir tanto. Pero no lo encuentra; lo busca por todo el mundo de Oriente a Occidente y no lo encuentra (Job 23, 3-17). Entonces, se siente completamente solo y desconsolado, como se siente todo el que, llevado por el dolor al límite de sus capacidades, quiere encontrarse con Dios y sólo halla silencio. Pero, a pesar de todo, Dios escucha... siempre escucha.

Yahvé finalmente accede al pedido y le concede a Job la oportunidad de presentar sus quejas, no sin antes recordarle quién es Él:

Ciñe tus lomos como un bravo, voy a interrogarte y tú me instruirás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Indícalo, si sabes la verdad. ¿Quién fijó sus medidas? ¿lo sabrías? ¿quién tiró el cordel sobre ella? ¿Sobre qué se afirmaron sus bases? ¿quién asentó su piedra angular? (Job 38,3-6).

La ironía divina no es hiriente porque es benévola y paternal. Dios sólo quiere que Job reconozca sus propios límites (Levoratti 2011: 41). Para comprender algo del misterio del sufrimiento en nuestra vida, es necesaria la humildad, el reconocimiento de que sólo somos seres humanos. Dios quiere educarnos poniendo las cosas en su lugar, aunque eso implique tener que padecer.

Sin embargo, podemos preguntarnos ¿por qué Dios tardó tanto en responderle? Y aunque la respuesta, en principio, no nos agrade tanto, ese silencio no hizo más que llevarlo al límite de su capacidad de esperar en Él. ¿No hace, acaso, lo mismo con nosotros en distintas circunstancias de nuestra vida?

Finalmente, Yahvé le responde a Job, pero no de la manera que él esperaba, no responde directamente a la pregunta: ¿por qué tengo que sufrir si no hice nada malo? Con preguntas, asumiendo el rol en el que Job estaba, le dice que sólo Él conoce el Plan con el cual gobierna el universo, el cual es imposible de comprender para el hombre y que en ese plan está también presente el mal. Pero como Dios es el único Señor, gobierna las fuerzas del mal, de modo que Behemot y Leviatán, dos representaciones antiguas del mal, son sólo

creaturas tuyas (Job 40 y 41). Yahvé le dice a Job –y nos dice también a nosotros–, que si creemos en Él, si esperamos en el único Señor del Universo, el mal, por más fuerza que tenga en algún momento de nuestra vida, no nos vencerá. Si fuéramos humildes, nos daríamos cuenta de que la verdadera fuerza del hombre es su esperanza: “Y Job respondió a Yahvé: Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable. Era yo el que empañaba el Consejo con razones sin sentido. Sí, he hablado de grandezas que no entiendo, de maravillas que me superan y que no entiendo” (Job 42, 1-3). Así, Job, rendido ante el misterio del sufrimiento confiesa: “Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos” (Job 42, 5).

Job consigue lo que buscaba con tanta desesperación: ver a Dios, pero no como una aparición maravillosa, sino porque se da cuenta de que tenía una forma equivocada de entender y vivir la religión. Job se equivocaba al juzgar la sabiduría y la justicia divina desde una perspectiva demasiado humana (Cabodevilla 1970: 302). Quería comprender a Dios desde la perspectiva comercial del que da para recibir, del que se comporta como un buen creyente esperando recibir bienes a cambio. Pero así no es posible comprender a Dios y menos

aún el plan con el cual gobierna nuestra vida y en el que tiene un lugar salvífico el dolor (Levoratti 2011: 44).

La vivencia de una experiencia dolorosa puede tener muchas explicaciones y sentidos en nuestra vida. Como dijimos antes, puede ser causa de la debilidad de la naturaleza, como, por ejemplo, una enfermedad; pero también puede ser una consecuencia del mal uso de nuestra libertad, como lo son las consecuencias negativas de algunos pecados; o bien, puede ser causado por la voluntad de alguien de hacernos daño. Esas experiencias podrían servirnos, como ya dijimos, para ser más humildes, para ser más conscientes de nuestros límites, o para poner nuestra esperanza de liberación definitiva del mal en la otra vida. Sin embargo, el dolor físico, moral o espiritual es siempre, en última instancia, un misterio que nos supera, como lo es Dios mismo. En realidad, el dolor es un misterio porque Dios mismo es para nosotros un misterio (Rahner 1982: 559). Nunca llegamos a saber, de manera acabada, en el momento de padecerlo, qué sentido tiene en nuestra vida, aunque, claro, confiando en un Dios Bueno, podemos legítimamente convencernos de que, detrás de la oscuridad del mal, hay siempre un bien mayor que sólo el Amor de Dios puede lograr, no de la forma que nos

gustaría aquí y ahora, pero de una forma que es, al final, beneficiosa para alcanzar nuestro mayor bien: la vida eterna junto a Dios.

No obstante ello, a pesar de que el sufrimiento sea siempre un misterio, también puede ser una revelación, porque nos muestra lo que en realidad somos y porque nos permite “ver” al verdadero Dios (Cabodevilla 1970: 307). Por tanto, para comprender a Dios, hay que desprenderse de la propia sabiduría, de aquélla que se centra en nosotros y mide todo según nuestros criterios, de la que nos engaña con el éxito temporal como fin de nuestra vida. Al mismo tiempo, para tener una verdadera fe, hace falta reconocer que a Dios no hay que buscarlo por los beneficios que de Él podamos obtener, sino por Él mismo. Sólo así puede convertirse, de manera absoluta y real, en el Señor de nuestra vida, cuando todo lo demás es transitorio, inconsistente y efímero, porque sólo creemos para creer en Él.

Bibliografía

- AAVV (1986). Biblia de Jerusalén, Introducción al libro de Job. Bilbao: Desclée de Brower.
- ALONSO SCHÖKEL, L. y J.L. SICRE DIAZ (1983). Job. Comentario teológico y literario. Madrid: Cristiandad.
- ASURMENDI, Jesús (2001). Experiencia del mal, experiencia de Dios. Navarra: Verbo Divino.
- BOULNOIS, Olivier (1995). “Beati quelli che soffrono”, en: Il nuovo Aeropago, nº 2, 1995.
- CABODEVILLA, José María (1970). La impaciencia de Job. Madrid: BAC.
- CHESTERTON G.K. (1970). “La paradoja: máximo consuelo del hombre”, en: AAVV. La hora de Job. Caracas: Monte Avila.
- DANIELOU Jean, Job (1970). “El misterio del hombre y el misterio de Dios”, en: AAVV. La hora de Job. Caracas: Monte Avila.
- DIAZ, Carlos (1998). Manual de historia de las religiones. Bilbao: Descleé.

- DUFOUR, Xavier León (1988). Vocabulario de Teología bíblica. Barcelona: Herder.
- FUENTES, Miguel Ángel (2008). El dolor salvífico. San Rafael: Verbo Encarnado.
- GRESHAKE, Gisbert (2008). Perché l'amore di Dio ci lascia soffrire? Brescia: Queriniana.
- GRYGIEL, Stanislaw (1995). "Il senso della sofferenza", en: Il nuovo Aeropago, 2/199,1995: 17.
- JUAN PABLO II (1980). Carta Encíclica Dives in Misericordia del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre la misericordia divina, 30 de noviembre de 1980. Disponible en:
- JUAN PABLO II (1984). Carta apostólica Salvifici doloris del Sumo Pontífice Juan Pablo II a los obispos, sacerdotes, familias religiosas y fieles de la iglesia católica sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, 1 de febrero del año 1984. URL:
- JUNG, Carl Gustav (2014). Respuesta a Job. Madrid: Trotta.

- KIERKEGAARD, Sören (1970). “El Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado”. En: AAVV. La hora de Job. Caracas: Monte Avila.
- LAFITTE, Jean (1995). “La sofferenza e il dono”, en: Il nuovo Aeropago, n° 2, 1995.
- LE BRETON, A. (1999). Antropología del dolor. Barcelona: Seix Barral.
- LEVECQUE, Jean (1987). Job, el libro y el mensaje. Madrid: Estella.
- LEVORATTI, A. (2011). ¿Por qué tanto sufrimiento? Las preguntas de Job. Buenos Aires: Guadalupe.
- LEWIS C. S. (1995). El problema del dolor. Santiago de Chile: Ed. Universitaria.
- MARTINI, Carlo Maria (1998). Ustedes se han mantenido a mi lado en mis pruebas, reflexiones sobre Job. Bogotá: San Pablo.
- MOSCOSO, Javier (2011). Historia cultural del dolor. Madrid: Taurus.
- PANGRAZZI, Arnaldo (2013). Pastoral de la salud. Buenos Aires: San Pablo.

- PIOLANTI, Antonio (1995). Dio Uomo. Roma: LEV.
- RAHNER, Karl (1982). “¿Perché Dio ci lascia soffrire?”, en: Sollecitudine per la Chiesa, Roma: ed. Paoline.
- RAMOS Alejandro (1997). La Ciudad de Dios en Santo Tomás de Aquino. Mar del Plata: ed. Univ. FASTA.
- RAMOS Alejandro (2007). Jesucristo y la Salvación del hombre. Buenos Aires: Agape.
- RAMOS Alejandro (2009). El misterio de la Iglesia. Buenos Aires: Agape.
- SANTO TOMÁS (1998). Suma Teológica. Madrid: BAC.
- TREBOLLE, J. y S. POTTECHER (2011). Job. Madrid: Trotta.
- VARONE, François (1988). El Dios sádico, ¿ama Dios el sufrimiento? Santander: Sal Terrae.
- VON BALTHASAR, Hans Urs (1971). “El misterio pascual”, en: *Mysterium Salutis* III. Madrid: Cristiandad.

Universidad FASTA

Autoridades

Gran Canciller

Fr. Dr. Aníbal Ernesto Fosbery O.P.

Rector

Dr. Juan Carlos Mena

Vicerrector Académico

Dr. Alejandro Gabriel Campos

Vicerrector de Formación

Pbro. Dr. Néstor Alejandro Ramos

Vicerrector de Asuntos Económicos

CPN. Pablo Federico Vittar Marteau

Vicerrector de Desarrollo Tecnológico, Transferencia y
Vinculación Ing. Renato Mario Rossello

ISBN 978-987-1213-83-2

© CRAI Universidad FASTA Ediciones
Mar del Plata, Argentina



UNIVERSIDAD
FASTA